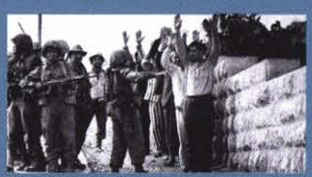
Un siglo de CONFLICTO

Israelíes y palestinos en el laberinto
David Solar
pág. 32

Oslo, un fracaso anunciado
Isaías Barreñada
pág. 40



Israel, tierra de las promesas rotas
Carmen López Alonso
pág. 47

En Ramala fundamos Palestina
Zeev Sternhell

Los palestinos, empujados a la deseperación
Bernabé López
pág. 52

Una mujer palestina llora ante las ruinas de su casa en Jerusalén Este, derribada en octubre de 2001.

Hace ochenta años, Gran Bretaña se hacía cargo del Protectorado de Palestina, sembrando las semillas del conflicto más prolongado de todo el siglo XX, que se adentra en el XXI sin ofrecer resquicios a la esperanza. Cinco especialistas, entre ellos el israelí Zeev Sternhell, abordan la historia de este confrontación, desde la fundación del sionismo al fracaso de Oslo y las contradicciones entre las posturas de unos y otros

Israelíes y palestinos, en el LABERINTO

Cinco guerras, un mar de sangre y odio y cuatro millones de refugiados. **DAVID SOLAR** describe un enmarañado conflicto sin resquicios para la negociación, desde los años veinte a la Conferencia de Madrid, 1991

Palestina, "donde la vegetación es tan pobre hoy, han brotado ideas que han dado vuelta a la Humanidad y por ello nadie puede negar la existencia de lazos imprescriptibles entre esa tierra y nuestro pueblo", escribía Theodor Herzl, en *Der Judenstaat –El Estado Judío–* en 1896. El libro suscitó el sionismo –retorno a Sión– cuyo fin era crear en Palestina un hogar para el pueblo judío, garantizado por el Derecho Público.

Theodor Herzl, abogado y periodista austro-húngaro, había asistido al proceso contra el capitán Dreyfus, en cuya injusta condena pesaron más los prejucios antisemitas que las pruebas aportadas. Herzl, conmocionado por el caso, comenzó a escribir aquel libro, que no constituía la primera idea del retorno judío a Palestina –había habido varios intentos anteriores e, incluso, funcionaban algunas organizaciones que ya estaban enviado pioneros a Palestina– pero sí la que lograría el impulso definitivo para el retorno. *Der Judenstaat* suscitó el movimiento sionista, cuyos congresos, comenzando por el de Basilea, en 1897, pondrían en marcha los mecanismos del retorno: periódicos para difundir la idea, bancos para financiarla, centros de capacitación agrícola, traslados hasta Palestina, compra de tierras y gestiones diplomáticas.

DAVID SOLAR es autor de *El Laberinto de Palestina.*

Theodor Herzl, autor de *Der Judenstaat* –la obra que suscitó el movimiento sionista– y promotor de la emigración judía a Palestina.

El primer problema que afrontaron Herzl y sus colaboradores fue el lugar del retorno: Palestina, la tierra de sus raíces bíblicas. Su vinculación histórica y espiritual era tan evidente como los 17 siglos de distancia que separaban su expulsión de aquellas tierras y la existencia en el lugar de los descendiente de pueblos allí afincados en el primer milenio anterior a Cristo. No era problema menor el escaso atractivo económico del territorio, cuyas mejores tierras ya estaban cultivadas: nunca habían existido trabas para su emigración hacia la zona y, sin embargo, a finales del siglo XIX sólo había allí unos pocos millares de judíos.

Herzl pensó que todo cambiaría si se lograba fundar un Estado. Imbuido por la ideología colonialista del momento, suponía que los inconvenientes se podrían superar con el favor del Imperio Otomano. Más éste, aunque apreciara las promesas que Herzl hacía sobre la contribución de sus pioneros al desarrollo de la región y su ayuda administrativa y militar, rechazó la fundación de cualquier tipo de estructura política judía en la región, consciente de que exacerbaría el nacionalismo árabe que ya estaba planteando problemas. Únicamente logró que se permitiera la libre compra de tierras y el asentamiento de inmigrantes, con similares derechos y deberes que los demás súbditos de la Sublime Puerta.

Mientras trataba de digerir esa decepción, el sionismo rechazó invitaciones para erigir un hogar en Argentina, pero allí había un Estado organizado. Prefirió buscar dentro de los Imperios coloniales un territorio que no ofreciera ese problema. Así, contempló la posibilidad de Libia, Uganda, el Sinaí... Pero se impuso el criterio de que era Palestina y únicamente Palestina la meta del retorno.

Pese a los problemas políticos y al escaso atractivo económico, el sionismo comenzó a enviar sus primeras expediciones de pioneros y cuando Herzl murió, en 1904, había ya en Palestina unos 50.000 judíos, que vivían tan humildemente como sus vecinos árabes; su número rondaba los 150.000, en 1914, pero disminuyó durante la Pri-

Representación gráfica del conflicto: un policía israelí grita a un palestino, que no se resigna a guardar silencio.

mera Guerra Mundial, tanto porque allí se vivió la guerra en primera línea como por la dureza de aquella vida.

Del hogar, el Estado judío

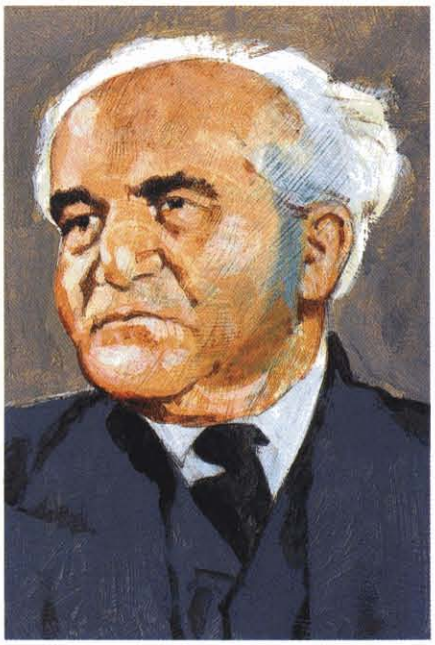
Durante la Gran Guerra ocurrieron dos hechos trascendentales para Palestina y el sionismo: el Acuerdo Sykes-Picot repartía el Próximo Oriente entre Gran Bretaña y Francia, quedando Palestina bajo dominio británico; y la Declaración Balfour, que prometía a los judíos un hogar en ese territorio. Esa garantía política, la ayuda de la Banca Rothschild y de la Agencia Judía y el dinero de la diáspora, impulsaron hacia Palestina a 358.910 judíos entre 1919 y 1942.

Con dinero, técnica y organización, compraron tierras, crearon explotaciones rentables, dominaron precios y mercados y prosperaron rápidamente, provocando la ruina de muchos nativos y suscitaron una atmósfera de recelo y hostilidad, generando una guerra casi ininterrumpida en los años veinte y treinta, con millares de muertos y heridos. Así se desarrolló allí un núcleo nacionalista árabe, al tiempo que el sionismo creaba un auténtico Gobierno en la sombra y ambos manejaban grupos terroristas, cada vez más armados. Ante la confrontación, el Gobierno británico puso en vigor un *Libro Blanco* que limitaba a 75.000 los nuevos cupos de inmigrantes judíos.

El genocidio hitleriano –más de cinco millones de judíos exterminados– multiplicó la desesperación sionista por hallar refugio y cubrió el mundo occidental de horror y culpabilidad. Londres no pudo contener el aluvión de nuevos inmigrantes hacia Palestina y en 1947, vivían allí, aproximadamente, 600.000 judíos y 1.300.000 árabes.

El terrorismo endémico dio paso a la abierta guerra civil, que los británicos no pudieron controlar. En la recién nacida ONU se recomendó la partición de Palestina como único remedio. La partición impuesta por la Resolución 181 era una locura sugerida por un reparto equitativo de las tierras y de las comunidades humanas, de modo que agrupase al mayor número posible de árabes en su zona y de judíos en la suya: los territorios árabes quedaban divididos en tres partes, que debían comunicarse entre sí por corredores sujetos a la buena voluntad judía; la tierras del futuro Estado de Israel en algunas zonas eran tan estrechas que apenas formaban un pasillo entre las árabes. Jerusalén resultaba, también, dividida y sujeta a una autoridad internacional... La ONU pretendía una convivencia que sólo hubiera sido posible en un clima de paz, co-

Palestinos, a comienzos del siglo XX. El problema que planteaba la elección sionista de Palestina era que allí existía un pueblo que no iba a aceptar sus proyectos.



El 14 de mayo de 1948, **Ben Gurión** proclamó el Estado de Israel (retrato por Enrique Ortega).

operación y arbitraje. En tan delicada situación, el 14 de mayo de 1948 Ben Gurión proclamaba el Estado de Israel.

Independencia y desgracia

A la guerra que estalló al día siguiente la llaman los israelíes de la *independencia*, mientras para los árabes es la de la *desgracia*. Según la mitología militar israelí, seis ejércitos árabes les atacaron: jordano, egipcio, sirio, iraquí, saudí y libanés; al verdad, según datos actuales, es que las fuerzas eran bastante parejas, que Jordania tenía un acuerdo con los dirigentes sionistas para quedarse con Cisjordania y que, al final de la contienda, las fuerzas judías eran superiores en hombres y armas. Los jordanos se posicionaron en lo que querían mantener; iraquíes, sirios y saudíes se limitaron a un hostigamiento partisano; los egipcios, aunque penetraron hasta cerca de Tel Aviv, fueron obligados a replegarse hasta el interior del Sinaí. La guerra, con diversos altos el fuego, se prolongó hasta finales de 1948 e Israel fue el vencedor indiscutible: había ampliado su territorio en 6.000 kilómetros cuadrados a costa de los que la partición de la ONU había señalado a los palestinos. Eso originó el problema de los refugiados, uno de los más difíciles de solucionar actualmente. Los árabes desplazados –guerra, amenazas, limpieza étnica– entre 1947 y 1949 fueron más de 700.000.

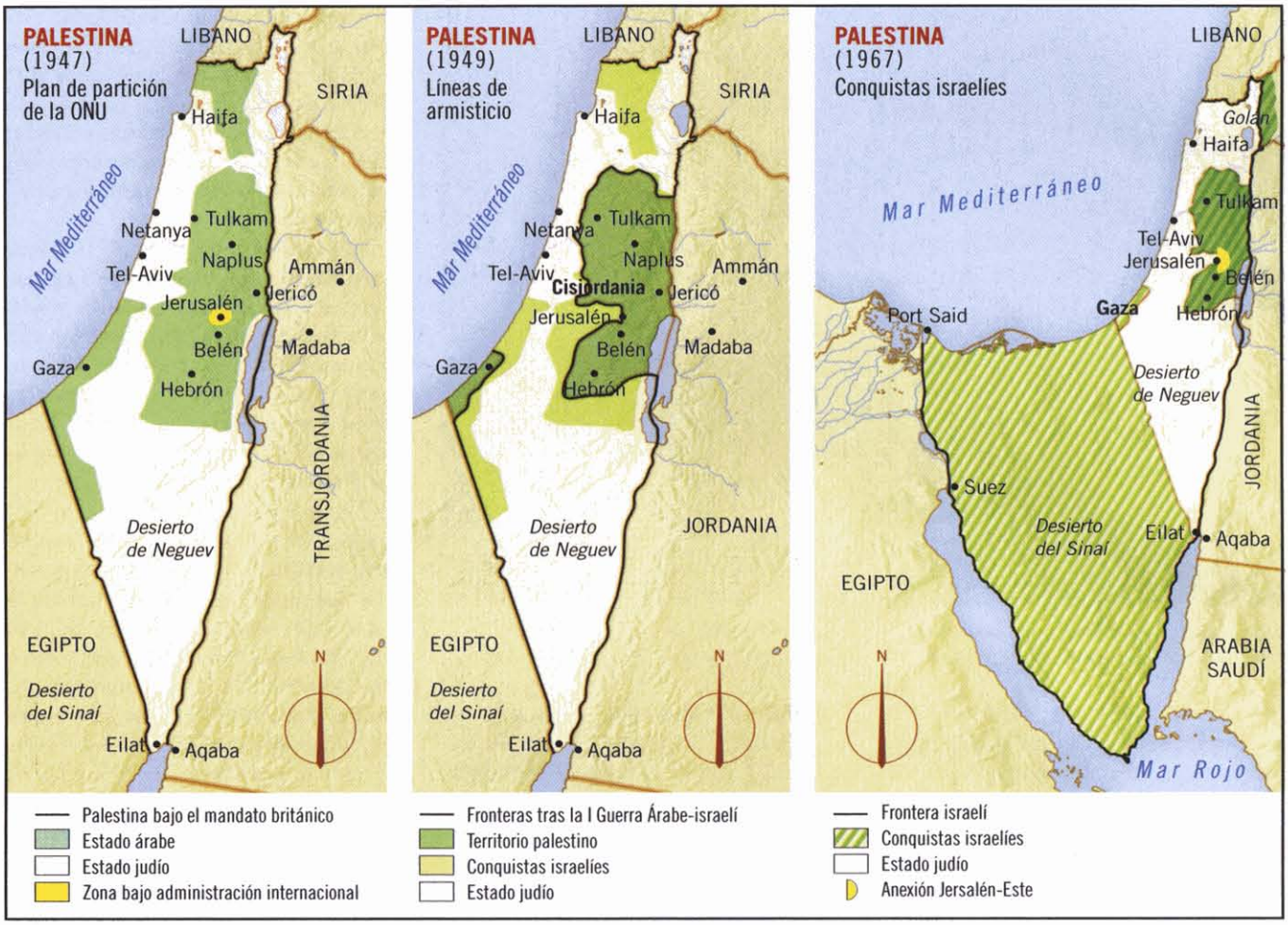
Del casi millón y medio (incluyendo Jerusalén) que eran los palestinos en 1947, dos años después, la mitad eran refugiados en su propio país o en los vecinos; la otra mitad vivía en Israel, Gaza o Cisjordania, bajo gobierno israelí, egipcio o jordano. Sus tierras estaban en manos de Israel, Egipto (Gaza) y Jordania (Cisjordania).

Aquel problema que en 1949 concernía a 700.000 personas se había multiplicado por tres en 1967 y por seis/siete en la actualidad. De su formación y continuidad cabe responsabilizar a Israel, pero, también, a los propios árabes y a la comunidad internacional. De las dos primeras responsabilidades se ocuparán artículos posteriores; de las internacionales, hay que decir que los países que habían impulsado la partición se lavaron las manos y que el organismo que la había sancionado fue incapaz de evitar la guerra, de mantener a cada uno en su territorio, de propiciar el Estado palestino, de obligar a Israel a readmitir o indemnizar a los desplazados (Resolución 194) cuya desastrosa situación trató de ser paliada por la fundación de la UNWRA, que sigue funcionando.

Paralizados por el peso de su desgracia, los palestinos apenas hicieron otra cosa que esperar las decisiones y acciones árabes, que únicamente se ocuparon de encuadrarles en partidas de guerrilleros: desde 1948 a 1956 realizaron más de un millar de asaltos y correrías, perturbando las actividades y la seguridad de Israel, cuyas represalias en las zonas fronterizas de Egipto, Jor-

Manejos colonialistas

Por la Declaración Balfour (1917), Gran Bretaña disponía de un territorio sobre el que no tenía autoridad alguna (el Mandato es de 24-7-1922) y sin consultar a sus habitantes. Después de la guerra se efectuó la consulta, pero Inglaterra y Francia boicotearon la comisión de encuesta propuesta por el presidente norteamericano Wilson. De cualquier forma, la Comisión, dirigida por los americanos King y Crane, se trasladó a Palestina y sus conclusiones cuestionaron las divisiones artificiales que en secreto se habían hecho en la zona por los Acuerdos de Sykes-Picot; expresamente, además, advertían sobre los problemas que la puesta en práctica de la Declaración Balfour podría acarrear a la zona. Evidentemente, sus advertencias fueron ignoradas.



El reparto (izquierda) presagiaba una convivencia dificilísima, lo mismo que la distribución humana: en los 14.500 km² que recibían los judíos habitaban 1.110.000 personas, casi la mitad, árabes; en la zona árabe, 11.383 km², habitaban unas 770.000 personas, apenas diez mil eran judíos. En 1948 (centro), Israel se apoderó de más de 6.000 km² provocando el éxodo de unos 700.000 palestinos. En 1967 (derecha), Israel se apoderó del Sinaí, el Golán, Gaza, Cisjordania y la Ciudad Vieja de Jerusalén, expulsando a unos 300.000 palestinos más.

dania y Líbano siempre fueron de ciento por uno. El clima bélico siempre estuvo latente en la región.

El Canal de Nasser

Pero la guerra estallaría en toda su violencia el 29 de octubre de 1956. El detonante fue la nacionalización egipcia del Canal de Suez, del que Nasser esperaba sacar los recursos para construir la gran presa de Assuan. La nacionalización del 25 de julio de 1956 perjudicaba los intereses de París y Londres, que aún disponían de doce años para su explotación. Pero también a Israel, cuyos buques procedentes de Oriente tendrían que dar la vuelta a África.

Así, británicos, franceses e israelíes urdieron un plan intervencionista cuando Nasser se negó a dar marcha atrás. Israel atacó Egipto y sus tropas alcanzaron el Canal; entonces se produjo el ultimátum anglo-francés, acompañado del lanzamiento de paracaidistas y el desembarco de tropas que se adueñaron de las instalaciones del Canal, "para defenderlas de la guerra".

Fue aquella semana (29 de octubre a 6 de noviembre) quizás la más tensa de toda la Guerra Fría, pues este conflicto coincidió con la sublevación húngara y con la reelección presidencial de Eisenhower. Presionados por EE.UU., la URSS y la ONU, británicos y franceses se retiraron del Canal, siendo relevados por los Cascos Azules creados al efecto. Más difícil fue convencer a Israel, que cedió a cambio del establecimiento de los soldados de la ONU en el Sinaí y la garantía internacional de paso por los estrechos de Tirán. A cambio de sus servicios, Israel logró armamento franco-británico y una central nuclear, que instaló en Daimona.

Pese a su derrota, Nasser no salió mal parado de la guerra: se quedó con el Canal; obtuvo cuantiosa ayuda soviética para reponer su armamento y construir la presa de Assuan y alcanzó la cima de su prestigio personal. Los palestinos, sin embargo, comenzaron a ver la situación con claridad: a) los árabes estaban desunidos y cada país cuidaba sólo de sus intereses; b) ellos sólo contaban como reclamo propagandístico; c) Israel se había convertido en una potencia militar, con grandes apoyos exteriores, que sería muy difícil de vencer en una guerra; d) por tanto, la cuestión palestina era cosa de los palestinos, que precisaban de organizaciones políticas y militares para convertirse en los representantes de su propio problema.

Así nació, en 1957, la primera gran organización palestina, Al Fatah, fun-

Los refugiados palestinos, los más damnificados en el conflicto. Más de 700.000 fueron expulsados de sus tierras en 1948 y otros 300.000, en 1967. Hoy son más de cuatro millones.

dada por Yasser Arafat. En los años siguientes, proliferaron los grupúsculos palestinos de diversas tendencias políticas y bajo diferentes patrocinios, y el presidente egipcio, siempre listo para capitalizarlo todo, les reunió en una conferencia que tuvo lugar en Jerusalén. De ella, el 28 de mayo de 1964, salió la Organización para la Liberación de Palestina, OLP, presidida por Ahmed el Chukeiri, que siempre estuvo a las órdenes del presidente Nasser.

Las organizaciones políticas nacidas en los campamentos de refugiados reclutaron sus propios ejércitos. Buscaron armamento en los países árabes o en el bloque comunista. Adiestraron a sus hombres con las más duras técnicas guerrilleras y comenzaron a inquietar con sus atentados a Israel. Su actuación estaba al margen de las directrices jordanas o egipcias y tuvo cierta influencia en el estallido de la guerra de 1967.

Hubo, naturalmente, muchas otras causas: el permanente desafío tecnológico-armamentístico de Israel, su desarrollo económico y el galopante crecimiento de su población (a la sazón, 2,5 millones de habitantes); la disputa del agua (según los árabes, Israel esquilmaba el Jordán); la inestabilidad interna árabe; las ansias de liderazgo supremo de Nasser, en continua disputa con las monarquías de la península Arábiga; la escalada armamentística...

Marcha triunfal

Tras un grave incidente aéreo entre la aviación siria y la israelí, Damasco y El Cairo –aliados desde 1966– resolvieron declarar la guerra a Israel y convencieron a Hussein de Jordania para que les uniera. Pensaban que era el momento de la revancha de 1948, pues contaban con una gran ventaja material. El 18 de mayo, Nasser pidió a la ONU que retirase los cascos azules de Gaza, el Sinaí y los islotes de Tirán y Sanafir. Incomprensiblemente, el secretario general, U Thant, accedió a la demanda. El Cairo concentró 80.000 hombres en el Sinaí, armó a los palestinos de Gaza y ocupó los islotes, cerrando los estrechos de Tirán (22 de mayo) a los buques que se dirigieran al puerto de israelí de Eilat. Inútiles fueron los múltiples intentos internacionales de mediación. El Cairo se negó a desbloquear Tirán y Tel Aviv proclamó que iría a la guerra por abrir esa vía de comunicación y, mientras los árabes trataban de formar un frente unido, preparó el ataque sorpresa que neutralizó la ventaja numérica y estratégica de sus enemigos.

Al amanecer del 5 de junio, 300 aparatos israelíes despegaron hacia Egipto, y sorprendieron a sus primeros objetivos, a las 8,10 de la mañana. A las diez de la mañana, Egipto ya no tenía aviación pero, increíblemente, Nasser informó a sus aliados con 40 minutos de retraso y les confundió, asegurándoles que habían destruido el 75 por ciento de los aviones judíos... Eso propició que la aviación israelí repitiera su sorpresa y éxito en Iraq, Jordania y Siria.

La Guerra de los Seis Días duró realmente seis horas: al mediodía del 5 de junio, los árabes carecían de aviones y gran parte de las fuerzas egipcias del Sinaí se hallaba en retirada. El 8 de junio, capitulaba Jordania. En esta fecha, los israelíes alcanzaban el Canal de Suez y Nasser aceptaba al alto el fuego propuesto por la ONU, no así Siria, que siguió en guerra hasta el día 10, cuando había perdido el Golán y el estampido de los cañones podía ya escucharse en Damasco.

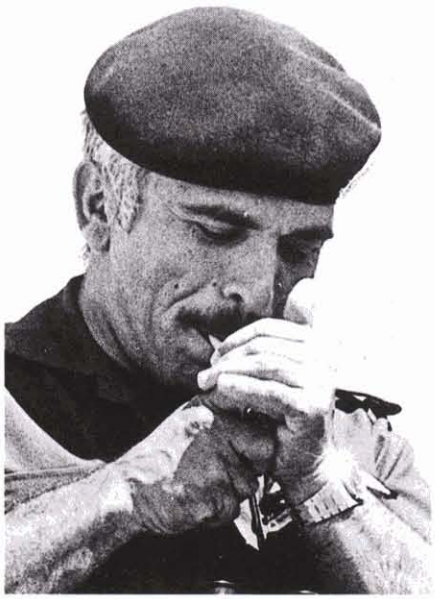
Los árabes padecieron 15.000 muertos, 50.000 heridos y 11.500 prisioneros, dejando en manos israelíes 45.000 kilómetros cuadrados de territorio (Sinaí, Golán, Gaza, Cisjodania y el sector árabe de Jerusalén) que, en parte, siguen bajo control judío. La crisis internacional fue gravísima: la URSS amenazó con intervenir en el conflicto; EE.UU. sostuvo el desafío y envió la VI Flota a la costa de Siria. Esa postura, más la acusación nunca probada de que los israelíes habían sido apoyados por los norteamericanos para ocultarse de los rádares egipcios, hicieron que varios países árabes rompiesen sus relaciones diplomáticas con Washington y se acercaran a Moscú, que logró una gran victoria diplomática a bajo precio.

La Resolución 242

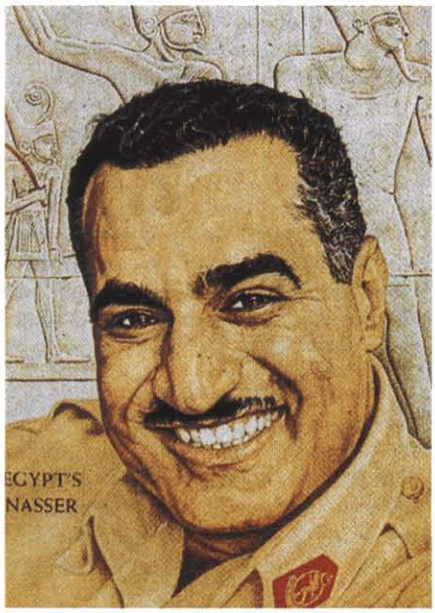
En la ONU se debatió durante meses la nueva situación y la redacción de la Resolución 242 (el 22 -67), una de las más conocidas y polémicas del Consejo de Seguridad, caballo aún de batalla en

En la guerra de junio de 1967, Israel se convirtió en una potencia expansiva, que arrojó al exilio a 300.000 palestinos más

Moshe Dayan, uno de los militares más distinguidos de Israel: oficial, en 1948; jefe del EM, en 1956; ministro de Defensa en 1967.



Hussein, rey de Jordania, padeció, más que ningún otro dirigente árabe, las consecuencias de la derrota de 1967.



Gamal Abdel Nasser, líder de Egipto desde 1952 hasta su muerte, en 1970. Fue el gran enemigo de Israel.

el problema de Oriente Medio: ordenaba la evacuación israelí de los territorios ocupados y declaraba el derecho de todos los Estados a fronteras seguras y reconocidas. Israel no aceptó esa resolución y en su seno se abrió un debate aún sin resolver: el Gran Israel. Un integrismo creciente anatematiza la devolución de los territorios que *Yahvé había dado a Abraham*.

La guerra aumentó la tragedia de los palestinos. Perdieron sus esperanzas y su situación empeoró al quedar Gaza y Cisjordania en manos de Israel, que aprovechó la guerra para limpiar comarcas enteras, arrojando al exilio a otros 300.000 palestinos.

La postración palestina ante el desastre militar fue, sin embargo, muy inferior a la que sufrieron los países derrotados: ya no podían perder nada más. Los árabes nada iban a hacer por ellos. Así, a partir de la derrota de 1967, surgieron nuevas organizaciones políticas y armadas y, poco a poco, los palestinos se colaron en las primeras páginas de los periódicos con una interminable lista de atentados, secuestros de aviones, asesinatos de diplomáticos y agentes israelíes en el extranjero... Sus guerrilleros atravesaban el Jordán por la noche, manteniendo en continua inquietud a las fuerzas de policía y Ejercito israelíes. O bombardeaban los establecimientos agrícolas judíos desde la frontera libanesa... o grupos del interior atentaban contra los transportes públicos o ponían bombas en plazas y mercados.

Las represalias israelíes contribuyeron al fortalecimiento de las guerrillas. Millares de palestinos afincados en las zonas ocupadas por Israel fueron encarcelados bajo la sospecha de terrorismo o, simplemente, por ser familiares o amigos de alguien identificado como terrorista. En 1967/68, fue dinamitado un millar de casas de guerrilleros o de sus familiares. Surgieron, además, otros elementos aglutinadores de la acción palestina: su politización y encuadramiento revolucionario, siguiendo mo-

Terror en Palestina

La conflictividad fue grande en Palestina desde el comienzo del mandato, distinguéndose tres momentos:

La revuelta del Mufti: En 1928, el Mufti Amin el Husseini inició, primero, una campaña para afirmar su liderazgo político sobre los árabes de Palestina y, después, una serie de tumultos y desórdenes muy violentos, en los que se registraron 299 muertos (133 judíos) y 571 heridos (339 judíos), según cifras oficiales británicas.

Segunda Guerra Santa: Entre 1936 y 1939, Palestina vivió un conflicto ininterrumpido que causó más de 3.600 muertos y más de 3.000 heridos, promovida por el Alto Comité Árabe, cuyos miembros fueron detenidos por la policía británica y deportados. Esa rebelión árabe provocó el *Libro Blanco,* aunque ni su promulgación logró paralizarla y fue necesario que la metrópoli enviara a Palestina más de 16.000 soldados.

Los momentos cumbre de barbarie desatada en Palestina desde 1946 a mayo de 1948 son, sin duda, la voladura del hotel King David, de Jerusalén, por terroristas judíos del Irgun, el 22 de julio de 1946, en la que murieron 91 personas y 200 más fueron afectadas de diversa gravedad. El asalto de la población palestina de Deir Yessin, durante la noche del 9 de abril de 1948, por unidades del Irgun, arrojó el terrible saldo de 254 muertos, niños, mujeres y ancianos en su gran mayoría. Una partida de terroristas árabes se tomó la inmediata venganza: asaltó un convoy sanitario judío cerca de Jerusalén, asesinando a 76 personas: enfermeras, médicos, camilleros y conductores. Según los británicos, en 28 meses esa guerra produjo 1.500 muertos y más de 5.000 heridos.

delos importados de los países del Este, donde muchos líderes habían recibido instrucción militar e ideológica; el prestigio: los palestinos se estaban convirtiendo en los vengadores del mundo árabe, humillado por las armas israelíes. También fortaleció la causa palestina la designación de Yasser Arafat, el fundador de Al Fatah, como presidente de la OLP, que en adelante funcionaría con gran independencia respecto a los gobiernos árabes.

Entre 1967 y 1970, la actividad terrorista de los palestinos fue constante. Se contabilizaron cerca de un millar de bajas entre israelíes y muchas más entre los palestinos, pero la muerte no les desalentaba: en los campamentos de refugiados había miseria suficiente para proporcionarles más seguidores.

Sus secuestros y atentados contra el tráfico aéreo –más de treinta entre 1968 y 1983– les hizo particularmente conocidos y temidos, logrando, en algunos casos, importantes concesiones de los Gobiernos afectados y el universal conocimiento de su problema. Pero era una apuesta muy peligrosa: su terrorismo suscitaba –incluso entre los propios árabes– más horror, recelo y enemistad que comprensión para su tragedia. Los secuestros serían, precisamente, el detonante de su conflicto con Jordania, en septiembre 1970, que les costó millares de vidas y, al final, su desarme o su expulsión del país.

Ese fue el final guerrillero en Jordania, de donde paulatinamente emigraron a Líbano. Allí reprodujeron la situación: los palestinos, numerosos y bien armados, dominaron la calle, las comunicaciones y las zonas estratégicas del sur del Líbano, suplantando incluso a las autoridades libanesas, y hostigaron a Israel a través de la frontera. Para neutralizarles, los servicios secretos israelíes negociaron con el clan cristiano de los Gemayel, que controlaba las Falanges Libanesas, para que neutralizaran a los palestinos, repitiendo lo ocurrido en Jordania y, a cambio, le prometían armas, dinero, y al final, el poder. Una operación *redonda* que no le salió bien a Tel Aviv: Líbano, *la Suiza de Oriente Medio*, fue destruida y la Liga Árabe autorizó a Siria para enviara tropas de pacificación; las Falanges libanesas no lograron imponerse y, tras casi diez años de guerra a lo largo de la década de los setenta, los palestinos volvieron a inquietar la frontera norte de Israel.

Yasser Arafat en los años setenta. Fundador de Al Fatah, líder de la OLP, presidente de la ANP... un interlocutor incómodo para Israel.

La guerra como paisaje

El Estado judío no había solucionado el problema de los refugiados, ni cumplido las resoluciones de la ONU y, en consecuencia, hubo de afrontar el permanente clima de hostilidad de sus vecinos y damnificados. En la mañana del 6 de octubre de 1973, tropas anfibias. egipcias cruzaron por sorpresa el Canal de Suez. Simultáneamente, los sirios atacaron en el Golán, desbordando a los desprevenidos israelíes y amenazando Galilea. Comenzaba la guerra que los israelíes llaman del Yom Kippur y los árabes, de Ramadán, pues con ambas fiestas coincidió.

Esta cuarta guerra árabe-israelí fue para Tel Aviv la más costosa en hombres y medios y la única que no pudo ganar con facilidad. Más aún, políticamente constituyó una victoria para Annuar el Sadat, el sucesor de Nasser, que pudo abrir negociaciones de paz entre iguales y que cambió las tradicionales alianzas egipcias, alejándose de la Unión Soviética y acercándose a Estados Unidos.

Ese clima negociador permitió que, con impulso europeo y mediación norteamericana, Egipto e Israel firmasen los acuerdos de Camp David, 1978, cuyos resultados más espectaculares eran el establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países y la retirada israelí del Sinaí. Entre los acuerdos había una cláusula que contemplaba a los palestinos. En ella se convenía un arreglo transitorio para la Cisjordania y Gaza, negociable con Israel en el plazo de cinco años. En conjunto, el contencioso árabe-israelí no mejoró: Siria había quedado al margen del arreglo y los palestinos, pendientes de soluciones a largo plazo y sujetas al voluntarismo israelí.

Arafat ante la ONU

Para los palestinos, la guerra del 6 de octubre de 1973 supuso una nueva desilusión, aunque políticamente, fueron los días dorados de la OLP, reconocida como representante única de los intereses palestinos por la ONU y la Liga Árabe en octubre de 1974. El 13 de noviembre de ese mismo año, Yasser Arafat pudo hablar ante la Asamblea General.

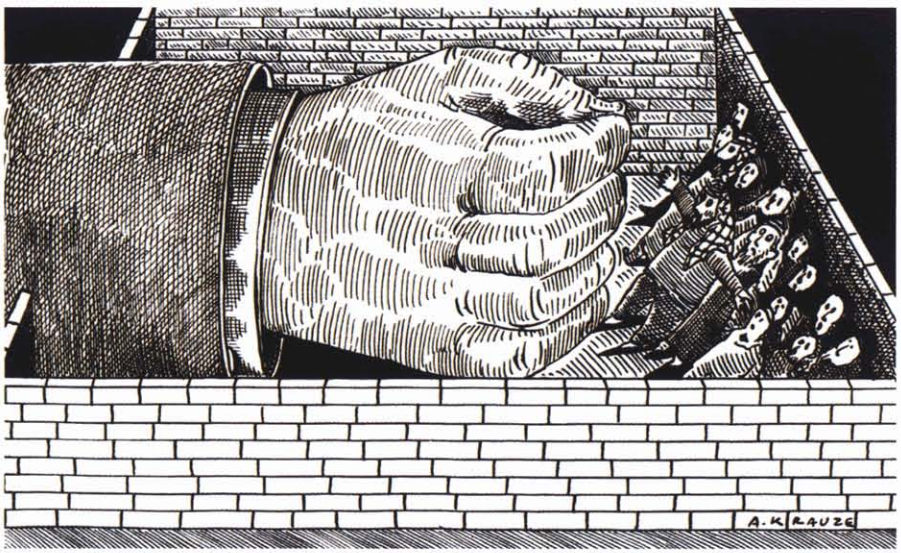
En sus 40 minutos de discurso, resumió Arafat cómo su pueblo fue despojado de tierras y nacionalidad, resultando arrojado a miserables campamentos y cómo aún allí fue perseguido por Israel, cada vez que se rebelaba contra la injusticia que padecía. Reclamó su derecho a vivir en sus tierras y a tener un Estado independiente. "Hoy he traído una rama de olivo y un fusil de combatiente por la libertad. No permitan que la rama caiga de mi mano. Repito, no permitan que la rama de olivo caiga de mi mano" fue su frase final, a la vez una demanda de negociación y de amenza si no se satisfacían sus derechos.

La ONU reconoció, nuevamente, a los palestinos el derecho a retornar a sus hogares (Resolución 338), al tiempo que la OLP recibía el status de observador permanente. La UNESCO suspendió sus ayudas a Israel y la Comisión de Derechos Humanos condenó a Tel Aviv por su terrorismo de Estado.

Entre tanto, en Líbano, los palestinos hostigaban nuevamente a Israel. Eso motivó que Tel Aviv, a iniciativa del ministro de Defensa, Ariel Sharon, decidiera terminar militarmente con el problema. El 6 de junio de 1982, atacó Líbano y sus tropas alcanzaron Beirut, donde los palestinos ofrecieron gran resistencia. La mediación internacional logró, finalmente, un acuerdo por el que Israel permitiría la salida de los palestinos armados hacia un país árabe.

Bajo la ocupación israelí, fue nombrado presidente del Líbano Bashir Gemayel, jefe de la Falange Libanesa, que fue asesinado el 13 de septiembre de 1982. Sus amigos, ante la permisividad del ejército israelí de ocupación, asesinaron a más de 1.300 personas en los campamentos de Sabra y Chatila. El escándalo cobró proporciones mundiales; Ariel Sharon hubo de dimitir y se tambaleó el Gobierno de Menahem Beguin.

El ejército israelí tardó 18 años en evacuar todo Líbano, guerra tan poco brillante como costosa, en la que perdió más de mil vidas y sufrió 4.000 heridos; económicamente, fue más cara que la Guerra del Yom Kippur.



Interpretación del **conflicto israelo-palestino** del dibujante A. Krauze, publicada en el diario británico *The Guardian* el 13 de abril.

Días para hablar

En los años ochenta, el empecinamiento en el odio fue total. Los palestinos mantuvieron hasta 1988 su ofensiva terrorista contra Israel, progresivamente debilitada por sus escisiones internas y por el alejamiento de su cúpula directiva, con Arafat a la cabeza, a Túnez. Israel se mantuvo fiel a su política de represalias y, pese a las distancias, hasta el cuartel general palestino llegaba su largo brazo, en forma de comandos y bombardeos. Pero tres factores cambiaron la situación a finales de la década: primero, la intifada, el levantamiento de los palestinos de los territorios ocupados en 1988. Una sublevación sostenida por los niños palestinos, armados con piedras, contra uno de los mejores ejércitos del mundo, que, carente de fuerzas antidisturbios que pudieran controlar los tumultos por medios policiales, recurrió a la respuesta militar. Las imágenes de los niños enfrentándose a los soldados y cayendo bajo el fuego de las armas dieron la vuelta al mundo y resucitaron a la OLP. Eso –segundo factor– permitió al Consejo Nacional Palestino, reunido en Argel, proclamar el Estado Palestino el 15 de noviembre de 1988. El Consejo aceptó la Resolución 242 en todas sus cláusulas: recuperación de los territorios ocupados y reconocimiento de Israel y de su derecho a la paz y a la seguridad, por lo que renunciaba a la lucha terrorista. Aunque Israel no se dio por enterado, ya no podría objetar que los palestinos pretendían destruirlo y que se negaban a reconocerlo.

¿En qué era Israel diferente a Iraq? Ocupaba territorios extranjeros, incumplía las resoluciones de la ONU...

El tercer factor fue la Guerra del Golfo, por la que EE.UU. con la colaboración internacional y, especialmente árabe, expulsó a Iraq de Kuwait. Pero, ¿en qué era diferente Iraq a Israel? se preguntó el mundo: ocupaba tierras ajenas, incumplía las resoluciones de la ONU, mantenía en campamentos de refugiados a tres millones de personas y aplastaba a los niños de la intifada...

El presidente George Bush puso en marcha su maquinaria diplomática para buscar una solución al conflicto. Así se concretaron durante 1991 las posiciones de ambos bandos: los árabes exigían: *Paz por territorios*, esto es, el cumplimiento de las resoluciones 242 y 338 de la ONU; los israelíes concedían: *Paz por paz*, concretada en negociaciones bilaterales con cada uno de los implicados y en la concesión a los territorios ocupados de una autonomía transitoria que desembocaría en el autogobierno palestino, conservando Israel la defensa y la representación exterior.

La pretensión israelí de negociar por separado con cada uno de los implicados dificultaba el proyecto acariciado por el presidente Bush: una magna conferencia de paz en la que él tendría el papel protagonista. Washington, por medio de presiones políticas y palancas económicas, terminó doblegando la resistencia de Tel Aviv y logró que, 43 años después de la fundación del Estado de Israel, una delegación, encabezada por el primer ministro Yitzhak Shamir, se reuniera en Madrid con representaciones, a nivel de ministros de Asuntos Exteriores, de Siria, Egipto, Jordania (con un comisionado palestino) y Líbano.

La Conferencia de Madrid, patrocinada por EE.UU, URSS, Unión Europea y España, como anfitrión, no ofreció novedades: *Paz por territorios*, pidieron los árabes; *Paz por paz*, ofrecieron los israelíes. Pero de ahí salieron las ideas y el clima que propiciarían reuniones periódicas de unos y otros. Se había pasado del clima de confrontación al del diálogo, por más difícil que fuera. ■

Oslo, nueve años después, un fracaso ANUNCIADO

La situación en Palestina se ha agravado. **Isaías Barreñada** muestra cómo Israel impone una negociación entre vencedores y vencidos, no acepta sus deudas ni las resoluciones internacionales y pretende crear bantustanes a su servicio

La percepción de que era posible una solución política del conflicto israelo-palestino se tornó en euforia hace nueve años, con el anuncio de un acuerdo en Oslo entre el Gobierno de Israel y la OLP. Luego, a pesar de los retrasos y de los retrocesos, las negociaciones parecían avanzar hacia un acuerdo estable. Hoy, todo es diferente: las negociaciones han cesado y el conflicto ha alcanzado cotas de violencia nunca vistas en Cisjordania y Gaza. ¿Cómo se ha llegado a esta situación? ¿Qué ha pasado entre el apretón de manos de Washington, en septiembre de 1993 y la masacre de Jenín, en abril de 2002?

La Conferencia de Madrid (1991) promovió inmediatas negociaciones a dos niveles: bilaterales, entre Israel y cada uno de sus vecinos árabes, para encontrar arreglos a sus diferencias concretas, y multilaterales, implicando a todos en temas de interés común: control de armas, cooperación económica, gestión del agua, refugiados.

Pronto se evidenció que el avance de todo el proceso pendía de los progresos en la cuestión palestina. Ésta era representada, por imperativo israelí, por una delegación de notables y figuras distinguidas de la población de los Territorios Ocupados, encabezada por el activista político de Gaza, Haydar Abdel Shafi. En junio de 1992, se suscitó cierta esperanza con el retorno al gobierno de los laboristas israelíes, con un programa que apoyaba un acuerdo político con los palestinos. De ahí surgieron las negociaciones bilaterales, donde Israel propuso la creación de una autoridad interina palestina con competencias limitadas, pero los palestinos la rechazaron por su parecido con los bantustanes sudafricanos: reservas de mano de obra sin soberanía política.

Colin Powell se enfrenta a un león que ya ha dado cuenta de varios planes de paz (*The International Herald Tribune*, 17 abril 2002).

Esta propuesta desveló una constante en la posterior actuación israelí: mantener una tutela sobre los palestinos –autonomía limitada o Estado controlado–, no retroceder a las fronteras de 1967 y evitar el retorno de los refugiados.

Para evitar la paralización del proceso, los laboristas dieron un paso inusitado: negociar directamente y en secreto con la OLP. ¿Qué pretendían con ello? Israel no podía seguir siendo una fortaleza militarizada, pagada por EE UU y aislada de sus vecinos. Por otro lado, dada su dinámica interna –fin del espíritu sionista-laborista, fracturas sociales–, el desarrollo económico y tecnológico, el coste del aislamiento y de la guerra, el cansancio de la violencia... se hacía imprescindible normalizar el país o, al menos, sus relaciones con el entorno. El proyecto elaborado por el ministro de Asuntos Exteriores, Simon Peres, consistía en que Israel se convirtiera en centro hegemónico regional, pero haciendo uso de sus recursos económicos, tecnológicos y militares. Para ello se requería, en primer lugar, desactivar la perspectiva militar y alcanzar un acuerdo con los palestinos que permitiera extenderlo a los demás vecinos. La fórmula tendría dos partes: regional (normalizar las relaciones y procurar a Israel un papel económico y militar hegemónicos en la región) y palestino (sustitución de la ocupación militar por una nueva forma de control de los Territorios Ocupados, sin renunciar a nada y procurando ventajas añadidas).

Los Acuerdos de Oslo

En Noruega se debatió en 1993 un acuerdo marco que permitiera una solución política al conflicto. Se partía del reconocimiento mutuo; la OLP reiteraba su reconocimiento de Israel como Esta-

Isaías Barrenada es historiador y politólogo.

Isaac Rabin y Yaser Arafat se dan la mano ante Bill Clinton en Washington, durante los acuerdos de paz de septiembre de 1993.

do e Israel reconocía como interlocutor a la OLP –hasta entonces, sólo una organización terrorista– pero sin mencionar la creación de un Estado palestino. Después se suscribría una declaración de principios sobre una autoridad interina de autogobierno (llamada *DOP*) que fue firmada en Washington el 13 de septiembre de 1993.

La *DOP* establecía un período interino de 5 años para la retirada de las tropas israelíes, la creación de una Autoridad Palestina –a la que se traspasarían competencias civiles y policiales– y la creación de organismos de coordinación entre las partes. A partir del tercer año, se abordaría el meollo del conflicto: naturaleza y delimitación de la entidad palestina; futuro de los refugiados, los asentamientos y Jerusalén; uso de los recursos naturales y cuestiones de seguridad. El acuerdo debía solucionar definitivamente el conflicto.

Proceso gradual

Un elemento clave del proceso fue su *gradualidad*: se irían negociando y ejecutando acuerdos parciales, generando así un conocimiento y una confianza mutuas. Pero en Oslo no se fijaban metas para el final del período interino: no se precisaba si la retirada sería completa, según la Resolución 242, si el retorno de los refugiados sería total o parcial o si habría un Estado palestino. No se garantizaba el cumplimiento de lo acordado, ni se preveía ningún tipo de presión internacional.

Un hecho determinante fue que las negociaciones se dieron entre partes muy desiguales. El desequilibrio no se compensó con mediadores internacionales, dado que el único aceptable para Israel era EE UU, tan parcial por su papel anterior –sostén económico y militar de Israel y aliado estratégico– como por el que desempeñaría a lo largo del proceso. La ONU y la Unión Europea fueron relegadas a un mero apoyo de EE UU, posición que fue pronto asumida.

El procedimiento permitió, además, que las dos partes sostuvieran diferentes lógicas. Israel pensaba poder conservar la mayor parte de las ventajas adquiridas en más de dos décadas de ocupación y limitar los costes de cualquier

Asentamientos israelíes

Iniciados en la posguerra de 1967, los asentamientos se extendieron por Cisjordania, Gaza, el Golán y el Sinaí. Con la llegada de la derecha al Gobierno israelí en 1977, los sectores ultranacionalistas impulsaron las políticas de colonización. Desde el punto de vista legal, los pobladores israelíes instalados en Jerusalén Este también son colonos. Durante el proceso de paz, el número de colonos se duplicó. Actualmente, uno de cada doce judíos israelíes vive en zonas ocupadas.

	Número de colonos en Cisjordania y Gaza	Pobladores judíos israelíes en Jerusalén Este
1972	1.500	------
1983	29.090	6.900
1993	109.784	141.000
2002	213.672	170.000

En Cisjordania: 130; en Gaza, 16; en Jerusalén Este, 11.

Fuente: Foundation for Middle East Peace http://www.fmep.org/.

repliegue, mientras que los palestinos, debilitados tras la guerra del Golfo y en un ejercicio de realismo político, pensaron que, a pesar de no ser la vía ideal, podía llevarles a la consecución de sus demandas básicas –amparadas en las resoluciones de la ONU– y establecer un Estado en Cisjordania y Gaza.

La OLP asumió el proceso de paz como un compromiso histórico: aceptar la realización del Estado árabe en el 22% de Palestina y reconocer el Estado de Israel, siempre que se cumplieran las resoluciones de la ONU. Sin embargo, Israel concibió el acuerdo como un medio para legalizar, desde una posición de fuerza, la ocupación y negociar arreglos parciales. Nunca se entendieron las negociaciones como un medio para cumplir la Resolución 242, sino como un acuerdo, en el que, a cambio de algunas concesiones, se conservaría la esencia de lo tomado, obteniendo dividendos mayores: seguridad (fin de la violencia), relaciones económicas y un nuevo control sobre el entorno.

Sol y sombra

Como estaba previsto, se fueron firmando sucesivos acuerdos parciales, con predominio de la cuestión militar –retiradas y redespliegue de tropas, de cooperación policial, represión de opositores– y económica. El ejército se fue retirando de algunas áreas, especialmente de las más pobladas –ciudades de Cisjordania y gran parte de la franja de Gaza–. Se creó una administración interina, la Autoridad Nacional Palestina, ANP, (mayo 1994, respaldada por elecciones en enero de 1996) a la que se traspasaron competencias civiles (educación, salud, gestión municipal...) y policiales. La ANP fue reconocida internacionalmente y considerada un cuasi-Estado, que recibió importante apoyo material para su establecimiento y funcionamiento.

El proceso de paz creó nuevas oportunidades para Israel: logró romper el relativo aislamiento que había vivido, normalizó sus relaciones con varias naciones asiáticas de importancia económica clave y se acercó, polírica y económicamente, a los países árabes. Su economía recibió un considerable impulso: aumentó sus exportaciones de tecnología y armamento e instaló complejos industriales en Egipto, Jordania y en las zonas francas de la frontera con Gaza en busca de mano de obra barata... La bonanza económica facilitó la instalación de un millón de inmigrantes, procedentes en su mayoría de la ex Unión Soviética, entre 1989 y 2000.

El proceso de paz fue bien acogido por la mayoría israelí y palestina. Sin embargo, en ambas partes hubo contestación. En Israel, los nacionalistas conservadores y religiosos se oponían a cualquier retirada, al desmantelamiento de las colonias, a la restitución de Jerusalén o la creación de un Estado palestino al oeste del Jordán. El discurso nacionalista entroncó con el temor de que la normalización con su entorno árabe –deslocalización industrial, apertura del mercado israelí– perjudicara a los sectores más desfavorecidos de Israel (orientales e inmigrantes recientes). Con el asesinato del primer ministro Yitzhak Rabin, algunos mostraron hasta dónde estaban dispuestos a llegar.

También hubo oposición entre los palestinos. Se criticaba el desequilibrio y la lentitud del proceso, la falta de garantías, la ocupación y el abandono de los refugiados; para algunos, la OLP se había convertido en la policía de Israel. El islamismo armado –Movimiento de la Resistencia Islámica, Hamás, y Jihad Islámica– encabezó la oposición a la ANP y a los ocupantes. Con todo, se trató de explicar que las cosas avanzaban y que, al final, se alcanzaría la paz. Pero, al cabo de los cinco años previstos en la *DOP,* los resultados eran pírricos.

Israel hace su juego

Israel mantenía todas las palancas de poder y consolidaba la ocupación con su política de hechos consumados. Y manipulaba la *gradualidad* estipulada en Oslo, para incumplir acuerdos y calendarios ("ningún calendario es sagrado", decía Rabin). Priorizó sus intereses sobre los derechos del ocupado.

– Sus retiradas militares fueron muy limitadas. En 1999, apenas un 17% de Cisjordania y el 60% de Gaza –mil kilómetros cuadrados, en cifras redondas– habían sido plenamente traspasados a los palestinos (zona A); gestión conjunta en el 24% de Cisjordania (zona B); el resto (zona C) estaba bajo control israelí: 59% de Cisjordania y 40% de Gaza. Acorde con su vieja lógica de separar población de territorio, los israelíes se retiraron de las zonas más pobladas de Gaza y de los centros urbanos de Cisjordania. Así se deshicieron de sus obligaciones civiles, pero no del territorio más útil a sus intereses: colonias, áreas militares o vías de comunicación. Los soldados que salieron de los territorios devueltos, reforzaron las zonas ocupadas.

– Su colonización se aceleró: expropiación de tierras, aumento de colonos, incremento de infraestructura viarias para su uso y ampliación de sus zonas de seguridad; en Jerusalén: instalación masiva de población israelí en la parte oriental y trabas administrativas y acosos contra los árabes. Al tiempo, confi-

Áreas israelíes
Áreas palestinas
Aeropuerto de Jerusalén
CISJORDANIA
JERUSALÉN ESTE
Ciudad Antigua
JERUSALÉN OESTE
ISRAEL
LÍBANO
Tiro
Bet Hillel
Qiryat
SIRIA
MAR DE GALILEA
Tiberíades
Haifa
Nazaret
ISRAEL
JORDANIA
Jenín
Netanya
Tubas
Tulkam
CISJORDANIA
Río Jordán
Naplus
Kalkilia
Tel-Aviv
MAR MEDITERRÁNEO
Ramala
Jericó
Jerusalén
Belén
ISRAEL
Hebrón
MAR MUERTO
Gaza
Jan Yunis
EGIPTO
EL "ESTADO PALESTINO"
Cisjordania está dividida, según los Acuerdos de Oslo, en tres zonas: de control palestino directo, de control israelí y de control mixto. Hay 144 asentamientos israelíes oficiales y unas dos docenas de asentamientos espontáneos.
La población de colonos israelíes en Cisjordania y la Franja de Gaza es de 214.000 habitantes.
La Autoridad Palestina apenas controla el 18 por ciento del territorio de Cisjordania, en un mosaico de zonas discontinuas aisladas entre sí.
Jerusalén
La ciudad que tres religiones consideran como sagrada tiene una población aproximada de 600.000 habitantes, de los que 400.000 son judíos y 200.000, árabes, que ocupan mayoritariamente el sector Este.
Zona bajo control israelí
Zona bajo control palestino
Zona bajo control conjunto de israelí y palestinos
Asentamientos israelíes
Asentamientos recientes

EE UU invita, Europa paga

EE UU se erigió en el arbitro político y desempeñó un importante papel en materia de asesoría y seguridad –a partir de 1997, la CIA intervendría en todos los acuerdos– y siguió siendo el principal valedor financiero de Israel: anualmente le proporcionaba unos 3.000 millones de dólares en ayuda civil y militar.

La Unión Europea nombró un enviado especial para Oriente Medio –Miguel Ángel Moratinos– que facilitó conversaciones y negociaciones, pero permaneció supeditada al protagonismo político estadounidense. No obstante, fue un elemento activo en la consolidación de la ANP, de la que se convirtió en el principal financiador. Según el *Informe Marín* de la Comisión Europea (1998), el 55% de la ayuda internacional recibida por la ANP procedía de la UE y de sus Estados miembros, mientras que EE UU sólo aportaba un 10%. Entre 1994 y 2001, la UE y sus miembros han entregado 3.810 millones de dólares a la ANP. La aportación mensual es hoy de 9 millones de dólares, aproximadamente.

guraba una serie de islotes desconexos, territorio inviable para la futura entidad palestina. En suma, Israel evacuaba parte de Cisjordania y Gaza y, mientras, consolidaba, su ocupación.

– Recrudeció su represión contra la oposición palestina: asesinatos selectivos, castigos colectivos –cierre de los territorios, destrucción de casas– detenciones políticas. Todo ello alimentó una espiral de violencia en la que ganaron protagonismo los grupos islamistas e izquierdistas y de controlarla se responsabilizó a la Policía de la ANP.

– El aumentó de la protección a los colonos y a la población israelí tuvo como consecuencia mayores restricciones a la movilidad de los palestinos; Cisjordania y la Franja de Gaza fueron aisladas una de otra; Jerusalén se hizo inaccesible para los palestinos del resto de las áreas ocupadas; restricciones a la entrada en Israel... Se institucionalizó una versión de *apartheid*.

– No cumplió los acuerdos que preveían el traspaso de las recaudaciones fiscales en las aduanas a la ANP (40% de sus ingresos internos). Israel bloqueó fondos como represión, por lo que la ANP hubo de recurrir a las donaciones internacionales destinadas a las inversiones para atender sus gastos (salarios del funcionariado). Así, los donantes internacionales financiaban los incumplimientos de Israel.

– La dependencia económica palestina durante un cuarto de siglo de ocupación (mercado cautivo, mano de obra barata, impuestos), adoptó nuevas formas, tanto que el 85% de los intercambios se hacía con Israel. La vida cotidiana se hizo cada vez más difícil. Los cierres fronterizos impedían la movilidad interna y el acceso al mercado de trabajo israelí, con el consiguiente deterioro del nivel de vida palestino –antes de la segunda intifada, el desempleo alcanzó el 25% en Cisjordania y el 35% en Gaza, los ingresos medios per cápita cayeron un 20% y más del 40% de la población vivía bajo niveles de pobreza en 1999–. Las medidas de seguridad redujeron el número de trabajadores palestinos en Israel (unos 150.000 antes de 1993), que fueron sustituidos por extranjeros.

En octubre, un **cartel israelí de propaganda** equiparaba a Yaser Arafat con el líder terrorista de Al Qaeda, Osama Bin Laden, en un barrio judío de la ciudad de Jerusalén.

Creciente abandono

Las negociaciones también afectaron a los refugiados palestinos de fuera de Palestina y a los palestino-israelíes, que constituyen dos partes consustanciales del conflicto. Desde 1993, los refugiados palestinos en los países vecinos y, en especial, los que se hallaban en mucho peores condiciones en Líbano y Siria, se sintieron en creciente abandono. Gran parte de los cuadros de la OLP retornó a Palestina y se integró en la ANP; la propia OLP, que representa a todos los palestinos, perdió presencia y actividad. La agencia de la ONU para los refugiados palestinos (UNRWA) redujo su presupuesto y, en consecuencia, sus servicios. Los refugiados temieron ser los paganos de la negociación y se convirtieron en las voces más críticas.

Los palestinos con ciudadanía israelí, la quinta parte de la población del Estado hebreo, han sido siempre la porción del pueblo palestino que ha sido menos visible. A pesar de tener formalmente los mismos derechos que sus conciudadanos judíos, han vivido una discriminación sistemática porque se les considera una *quinta columna*. A partir de los años setenta, se produjo una creciente politización y radicalización de esta población, que comenzó a demandar igualdad (fin del *apartheid* interno) y paz (un arreglo justo del conflicto israelo-palestino, la coexistencia de dos estados). Pensaron que el fin de la ocupación y la paz les beneficiaría, pues permitiría su plena integración ciudadana e, incluso, les convertiría en puentes entre las dos sociedades. Por tanto, apoyaron los Acuerdos de Oslo, votaron a los laboristas –elecciones de 1992, 1996 y 1999– y contribuyeron a tender

Una columna de humo se alza desde la **Basílica de la Natividad**, en Belén, el 11 de abril. Cerca de 200 palestinos se hallaban en su interior.

puentes entre laboristas y palestinos. Sin embargo, su estatuto no mejoró; los laboristas siguieron poniendo trabas a su plena integración política y social. Por su parte, la derecha israelí mantuvo su discurso exclusivista y amenazante. En consecuencia: frustración, desesperanza e incremento de las voces más radicales (islamistas y nacionalistas), desplazando a los grupos tradicionales de oposición árabe e iniciando la denuncia del proceso de paz desde dentro de Israel. La crisis del proceso de paz no fue una sorpresa. La legislatura laborista (1992-1996) sentó las pautas de lo que serían los cinco años del período interino. Por su parte, el Gobierno de Benjamin Netanyahu (1996-1999) frenó aún más el proceso. En mayo de 1999, a los cinco años de período interino previsto en Oslo, el cumplimiento de los acuerdos había sido escaso y el estatuto final estaba por negociar –el borrador elaborado por el ministro laborista Yossi Beilin y el delegado palestino Abu Mazen, octubre de 1995, había sido archivado por Netanyahu–. Como protesta, Arafat anunció que proclamaría el Estado palestino; pero su gesto provocó la inmediata reacción internacional para evitar que tal acto dificultara el proceso.

En mayo de 1999, los laboristas, presididos por Ehud Barak, volvían al Gobierno y en septiembre (cumbre de Sharm el-Sheij) se acordó un nuevo capítulo de repliegues y la reanudación de las conversaciones sobre el estatuto final. Se ampliaba el período interino.

Con el apoyo del presidente Clinton, Barak preparó la cumbre de Camp David II (julio de 2000) a la que los palestinos fueron llevados a regañadientes. La propuesta –la más avanzada hasta entonces– trataba de legalizar lo conquistado en 35 años de ocupación. Arafat no tuvo más remedio que rechazar el *diktat* israelo-estadounidense, pues no contemplaba el retorno de los refugiados y se quedaba con todo Jerusalén.

El fracaso de Camp David II agudizó la debilidad interna de Barak. Los religiosos denunciaban su laicismo; la derecha, su intención de hacer concesiones; la minoría palestino-israelí, su discriminación. En tal contexto, el equipo de Barak optó por deslegitimar a Arafat: "Arafat pretende que Israel se suicide", "No es un interlocutor válido".

El cansancio, la decepción y los escasos resultados de siete años de negociaciones fueron las verdaderas causas del levantamiento popular que estalló a finales de septiembre de 2000. La Intifada alimentó el convencimiento israelí de que los palestinos no querían la paz. El discurso del "rechazo palestino a la oferta generosa hecha por Israel en

El cansancio, la decepción y los escasos resultados causaron el levantamiento popular palestino de septiembre de 2000

Mucha firma y poco trigo

Acuerdos interinos firmados entre el Gobierno israelí y la OLP/ANP y fechas de referencia (1993-2000).

1993. 13-10. Washington, firma de la *Declaración de Principios* (*DOP*) sobre los arreglos interinos de autogobierno palestino (Oslo I).

1994. 29-2. París, Protocolo de cooperación económica. 4 mayo. El Cairo, Acuerdo sobre la aplicación de la DOP.

1995. 28-10. Washington, Acuerdo interino sobre Cisjordania y Gaza (extensión de la autonomía) (Taba u Oslo II).- 31-11. Documento marco (no oficial) para las negociaciones sobre el estatuto final elaborado por Beilin y Abu-Mazen.

1996. Junio. Según lo establecido en la *DOP*, inicio teórico de las negociaciones sobre el estatuto final.

1997. 15-1. Protocolo sobre Hebrón.

1998. 23-10. Acuerdo de Wye Plantation (sobre una nueva retirada israelí).

1999. Mayo. Según lo establecido en la *DOP*, fin del período interino.– 4-9. *Memorándum de Sharm el-Sheij* (nuevo calendario de retiradas israelíes para las negociaciones sobre el estatuto final).

2000. 11/25-7. Cumbre de Camp David II.– Fin septiembre: Inicio de la intifada al-Aqsa.– Diciembre: Plan Clinton.

2001. Enero: Taba, conversaciones israelo-palestinas sobre el estatuto final.

El jefe de la diplomacia de EE UU, Colin Powell, con el *premier* israelí, Ariel Sharon, durante su **infructuosa visita** a Jerusalén, en abril, en busca de la retirada israelí de los territorios de la ANP.

Camp David", presentó la represión como salida ineludible.

La represión fue brutal, lo que alimentó una respuesta armada de la Policía y de las organizaciones político-militares palestinas, y propició el recurso a los atentados contra población civil en el interior de Israel. La violencia también alcanzó a los palestino-israelíes (12 muertos y decenas de heridos en los primeros días), lo que privó al laborismo de su apoyo electoral.

Mientras Barak reprimía a los palestinos, intentaba convertir su problema en salvavidas de su futuro político. En las últimas semanas de su mandato presidencial, Clinton siguió presionando a los palestinos (propuesta de 23-12-2000) para que aceptaran la "oferta generosa de Barak". Las últimas conversaciones (Taba, enero 2001) acercaron a las dos partes, pero no hubo acuerdo porque, una vez más, el proceso de paz fue rehén de la política interior israelí.

Camp David-Taba

Elementos de la propuesta israelí de Camp David, la propuesta Clinton y los debates de Taba.

-Retirada militar israelí: 90-97% de las zonas ocupadas.

-Anexión a Israel de los principales asentamientos en Cisjordania (a lo largo de Línea Verde y Este de Jerusalén).

-Permuta de las áreas anexionadas por territorios en el interior de Israel.

-Estado palestino formado por Gaza y tres islotes en Cisjordania.

-Tutela militar israelí sobre el Estado palestino desmilitarizado; estaciones de alerta temprana en Cisjordania; presencia militar israelí en el Valle del Jordán.

-Reparto de Jerusalén según la población *de facto*, incluida la Ciudad Vieja.

-Rechazo al retorno de los refugiados (¿40.000-100.000?); instalación mayoritaria en los países de acogida y en la futura entidad palestina.

La paz del halcón

A principios de febrero, Ariel Sharon, líder de la derecha nacionalista, ganaba las elecciones a la presidencia del Gobierno. En los meses siguientes, el nuevo Ejecutivo de unidad nacional –con sustancial participación laborista– optaría por la fuerza y bloquearía toda posibilidad de retomar las negociaciones.

Las mediaciones internacionales no contuvieron los enfrentamientos. Por otro lado, la "lucha internacional contra el terrorismo", convertida en objetivo prioritario tras los acontecimientos del 11 de Septiembre, sirvió a Israel para legitimar su política contra la ANP.

Cada acción armada palestina en las zonas ocupadas y cada atentado terrorista contra civiles en Israel fueron esgrimidos para golpear a los palestinos. A su vez, cada respuesta israelí, progresivamente más violenta, alimentaba la espiral del odio.

Esta violencia terminaría por hundir las condiciones de vida de los palestinos. En los primeros 18 meses de la segunda Intifada, a los más de mil palestinos muertos se sumarían el desempleo y la pobreza, caldo de cultivo idóneo para la desesperación.

La Intifada también tuvo un enorme impacto en Israel. Con los atentados se agudizó la sensación de acoso; se han movilizado más de 30.000 reservistas y, en el plano económico, Israel cayó en la más importante crisis desde 1953. Sólo en 2001, las pérdidas fueron evaluadas en 2.400 millones de dólares.

A finales de marzo de 2002, después de varias semanas de cierres, asedio de ciudades, destrucción de viviendas y asesinatos selectivos de activistas palestinos, los israelíes reocuparon gran parte de las zonas de la ANP y, tras arrasarlas, las evacuaron parcialmente. Los cierres prolongados, la destrucción sistemática de viviendas, infraestructuras centros de producción y el asedio de las instalaciones presidenciales en Ramala, se dirigieron a debilitar y humillar a la ANP.

Al tiempo, las acciones militares contra la resistencia palestina provocaron matanzas –como en el caso de Jenín, aún por investigar– y destrucciones nunca antes vistas en Palestina. El proceso de paz israelo-palestino no fue paralizado por los radicales de ambos bandos o por la intransigencia palestina. Se colapsó, primero, por su desequilibrio, por falta de mediación imparcial, por no responder a todas las facetas del problema.

En segundo lugar, Israel no asumió la deuda moral y material contraída con los palestinos desde 1947 y 1967: devolución de los territorios arrebatados y retorno de los refugiados. Pretendía sustituir la ocupación por otra forma de control, que convertía a la ANP en su instrumento y exigía a Arafat "generosidad y realismo político". No buscó una paz justa, sino crear un protectorado palestino a su servicio.

En Israel, son pocos los que contemplan el proceso de paz como escenario de cooperación y convivencia con sus vecinos; la mayoría asocia la idea de paz a la "separación", que garantice un Estado "judío y democrático". En suma Israel, incluso en un escenario de paz, pretende un exclusivismo étnico que impide relaciones normales con los vecinos y exacerba las tensiones entre mayoría judía y minoría árabe-palestina. Si quiere paz, Israel debe renunciar a sus pretensiones hegemónicas y trocar su identidad colonial por una vocación de cooperación. La paz requiere una refundación de Israel. ■

Israel, tierra de las PROMESAS ROTAS

Soldados israelíes encañonan a una columna de civiles palestinos, detenidos durante la **ocupación de Jerusalén Este**.

Del hogar judío del pensamiento sionista original se ha pasado al mesianismo del Gran Israel. CARMEN LÓPEZ ALONSO analiza la evolución, desde de las ideas fundacionales hasta la política de Sharon

Mirad hacia adelante con esperanza y no a través de la mira de un fusil (*Canto de la Paz*).

En su Declaración de Independencia del 14 de mayo de 1948, Israel se define como un Estado judío y democrático que responde a una necesidad existencial. Un lugar de seguridad frente a la persecución y el antisemitismo, abierto a todos los judíos. Así lo recoge la Ley de Retorno de 1950, que permite a todo judío inmigrar a Israel ("volver a su tierra"), y su complemento, la Ley de Nacionalidad de 1952, según la cual todo inmigrado en virtud de la primera puede ser ciudadano israelí.

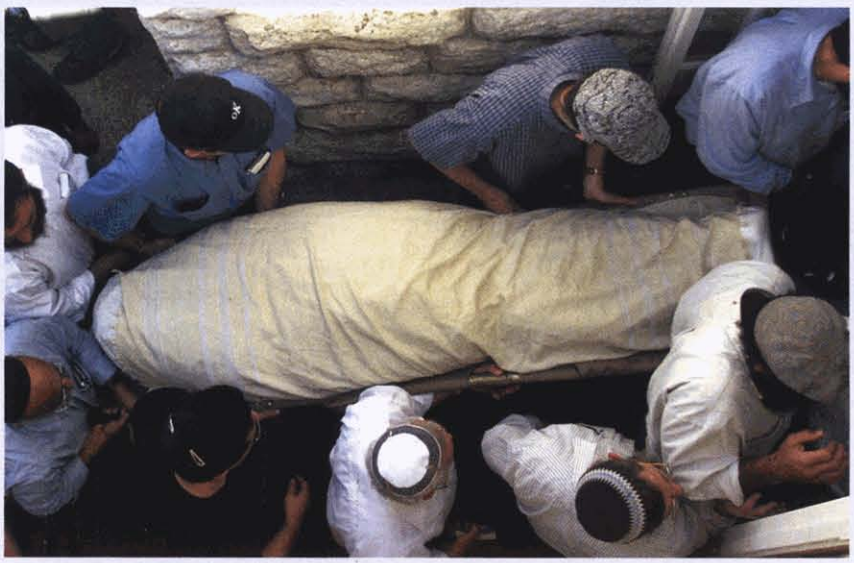
El Estado de Israel se imagina también como la realización de una utópica sociedad libre e igualitaria, nueva, anverso de la sumisión e impotencia de la vida de la diáspora, cuyo resultado último, el Holocausto, eliminó casi por completo a la comunidad judía europea. Sin embargo, Eretz Israel, la tierra sobre la que se estableció, no estaba vacía ni real ni simbólicamente. Santa para la tres grandes religiones, durante siglos fue objeto de una apropiación afectiva y simbólica, cuando no física. Era, además, una tierra habitada, cuya población mayoritaria rechazó la implantación de otro pueblo en ella.

La constitución y consolidación del Estado nacional requiere la unidad, y más en la situación de urgencia de los años 40. La seguridad fue el argumento capaz de casar a los contrarios, a sionistas y antisionistas, laicos y religiosos, en un proyecto cuyo contenido no todos compartían. Un acuerdo con parte de éstos, los que consideran pecado tratar de adelantar la llegada del Mesías a la Tierra Prometida, permitió,

CARMEN LÓPEZ ALONSO ES profesora titular de Historia Pensamiento Político, Universidad Complutense. Profesora invitada en la Universidad Hebrea de Jerusalén, 1997 y 1998.

En Ramala fundamos Palestina

Si el primer ministro de Israel, Ariel Sharon, hubiera querido hacer a los palestinos el regalo que tanto deseaban, ayudándoles a crear la épica nacional en el curso de su lucha por la independencia en el campo de batalla, no lo habría hecho mejor. En las calles de Ramala y Kalkiya se están creando ahora leyendas sobre las que podrán crecer generaciones cargadas de odio contra Israel. Decenas de miles de niños están soñando con el día en que lleven armas. Gracias a la invasión que dirige, Ariel Sharon será recordado como el fundador real del Estado palestino. Así se hundirá en la Historia, porque lo cierto es que su verdadero objetivo no es sólo erradicar el terror sino quebrar el movimiento nacional palestino.



Avi Sabag fue **abatido por un francotirador** palestino en marzo, cuando se dirigía a un asentamiento junto a Hebrón. Sus familiares llevan el cadáver por una calle de Jerusalén.

Hace ya 10 años, el Cuartel General de las Fuerzas Armadas de Israel advertía al Gobierno que para el levantamiento en los territorios no había solución militar. Sin embargo, años-luz separan su mentalidad y la aterradora supersimplificación de la que cotidianamente dan muestra el actual Gobierno y el general en jefe. Todos los métodos primitivos de fuerza y más fuerza contra los levantamientos populares fueron ya utilizados durante el siglo pasado por los ejércitos ocupantes. El resultado siempre fue el mismo: los guerrilleros, que gozan del apoyo de la población, pueden fácilmente arrastrar al ejército regular, pesado e insensible, a acciones que provocan aún mayores odios. Lo único que siempre han logrado los actos de opresión es aumentar la resistencia.

Al final, la guerrilla gana una victoria militar porque las gentes que están luchando por su libertad terminan siempre por lograr su objetivo. Los pueblos humillados renacen de sus cenizas y sólo una mente enferma podría esperar que ocupar los territorios logre terminar con la guerra de guerrillas y el terror. Por un lado, es razonable suponer que el terror aumentará y se irá convirtiendo en crecientemente sofisticado y devastador y, por el otro, que una guerra de guerrillas contra el ejército israelí, dado su despliegue masivo por todas partes, tomará las dimensiones de una lucha popular generalizada y ganará la legitimación internacional como una guerra de liberación.

Además, las dimensiones de la acción están comenzando a suscitar serias sospechas, no sólo desde la perspectiva de la moral o de las relaciones públicas, sino también sobre si realmente son acertadas. Como bien ha señalado el analista Amir Oren en el diario *Haaret'z*, el mando central de la GOC (General Office Commanding) se ha convertido en la jefatura de un frente de batalla. No menos de cuatro jefes de división estuvieron presentes en la evaluación de la situación que hizo el mando antes del comienzo de la re-conquista de Cisjordania, frente a milicias armadas con fusiles y jóvenes que tiraban piedras y cócteles molotov. En el Canal de Suez, durante la Guerra de *Yom Kippur*, el tamaño de la fuerza utilizada fue de cuatro divisiones, mientras que en junio de 1967 bastó con tres divisiones, dos de ellas formadas por reservistas, para conquistar todo el Sinaí.

Pero aún así, no es ésta la cuestión principal sino, más bien, el hecho de que en un momento en que media docena de generales van a la guerra al mando de una inimaginable cantidad de fuerzas, en comparación con las del enemigo, tres suicidas pudieran sembrar la muerte tras las líneas, en nuestras tres principales ciudades. Quienes piensen que para exterminar el terror y para destruir los anhelos de independencia de todo un pueblo se ha de utilizar toda la fuerza militar, acabarán por convertir Haifa y Tel Aviv en campos de batalla. Hace ya tiempo que renunciamos a la seguridad en Jerusalén.

Aquí se han olvidado algunas cosas que convendría mencionar. Si alguien se opuso hace 20 años a la ocupación de Beirut occidental –un loco plan también formulado por Ariel Sharon–, fue el coronel Eli Geva, comandante de la brigada de tanques, que abandonó el mando de sus fuerzas para evitar tener que aplastar a la población civil. Eli Geva era un excelente oficial para quien se auguraba un glorioso futuro. El ejemplo de Geva tuvo un efecto disuasorio, cuya importancia no puede exagerarse, en los escalones políticos más altos, al igual que lo tuvo en todo el ejército. Parece que fue entonces cuando el primer ministro, Menahem Begin, comenzó a entender de verdad el significado de la campaña que su ministro de Defensa estaba dirigiendo.

La acción de Geva no fue un acto político sino el resultado de una conclusión moral. Lo mismo cabe decir de aquéllos que rechazan servir en los territorios hoy en día. Estos oficiales y soldados no están luchando por un cambio en la política y se-

rán los primeros en alistarse para defender a Israel. Simplemente, son incapaces de ver morir a un recién nacido en un taxi porque su madre parturienta no puede llegar a tiempo al hospital, o a un tanque aplastando a una ambulancia. No tienen miedo por sus vidas, ya que hoy es más peligroso ir a un restaurante en una ciudad que mandar una unidad blindada; simplemente, no están preparados para comprometerse en la opresión de una población ocupada.

Por tanto, esta gente merece apoyo moral y ayuda práctica, incluso por parte de aquéllos que, como quien esto escribe, no estamos haciendo un llamamiento a favor de negarse a combatir. Merecen apoyo por aferrarse a los valores humanos, incluso en estas horas negras. Si a este Gobierno le quedara un poco de sensatez y si el ejército fuera bendecido con un poco de autoconfianza, estos reservistas objetores serían llamados para realizar trabajos de policía o para colaborar con las fuerzas de seguridad de las calles. De este modo, este patético Gobierno hubiera podido ser deudor de, al menos, un acto de sensatez.

Zeev Sternhell es titular de la cátedra Léon Blum en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Hebrea de Jerusalén.

(Una versión de este artículo se publicó en el diario israelí *Haaret'z* el 5.4.2002).
Traducción, CARMEN LÓPEZ ALONSO.

El padre de Israel, **Chaim Weizmann**, en la década de los años 30.

finalmente, presentar la lucha nacional como un proyecto comunitario. Los religiosos consiguieron, entre otros privilegios, la jurisdicción en temas personales (matrimonio, divorcio e identidad judía), la autonomía de sus escuelas y la exención del servicio militar a las mujeres y los estudiantes de las *yesivas* o seminarios religiosos. Todas estas cláusulas se incorporan a la ley de *Status Quo* (15.5.48), que sigue siendo una de las razones por las que Israel aún carece de Constitución escrita.

Un *puzzle* de etnias

La construcción del Estado se hace a través de un entramado social resultado de la integración de inmigraciones judías sucesivas, distintas en origen y bagaje cultural. En este medio siglo, la estructura étnica de la sociedad israelí ha variado mucho: se ha reducido la distancia entre los antaño mayoritarios judíos askenazis y los sefardíes, cuyo número, no su poder, está hoy prácticamente equilibrado; el peso demográfico de los árabes israelíes supone algo menos del 20% del total.

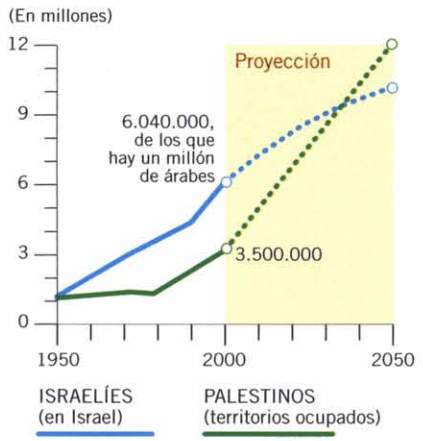
La primera gran inmigración, formada por judíos sefardíes de los países árabes en proceso de descolonización, se produjo en los años 50, cuando Israel trataba de integrar, psicológica, política y globalmente, a los supervivientes del Holocausto. La incorporación de estos judíos magrebíes, etíopes (falasas), yemenitas, así como de Irak y Asia Central, no ha sido sencilla. En su mayor parte, estas comunidades no habían pasado por los procesos de modernización y secularización de la judería europea –debates sobre la asimilación, la integración o el nacionalismo– ni padecido el régimen nazi. De hecho, el proceso de Eichmann en Jerusalén en 1961, descubrió a muchos de ellos el otro rostro, humano y trágico, de la élite askenazi que estaba gobernando Israel.

La guerra de 1967 supuso un cambio fundamental en la historia de Israel. La victoria desató una especie de mesianismo que cambió la índole de la inmigración: ya no tanto de refugio cuanto de conquista. Nuevos colonos, en su mayor parte judíos estadounidenses ultrarreligiosos, que se ven a sí mismos como los continuadores de los pioneros sionistas, se asientan en el Gran Israel, la antigua Palestina bíblica, mientras que dentro de la sociedad israelí se forman movimientos, como *Paz Ahora*, que denuncian la ocupación, que consideran moralmente nefasta para Israel. Una crítica similar se da entre muchos religiosos judíos, que consideran una idolatría el culto que los colonos rinden a la tierra.

Mientras la política de asentamientos, apoyada por el Gobierno, continúa, estalla, en el seno de Israel, la protesta social, extraparlamentaria, con movimientos como el de los *Panteras Negras* sefardíes, que reclaman plena igualdad. A partir de ese momento, comienza el desarrollo de la obra crítica de sociólogos e historiadores israelíes que desmontan, desde dentro, buena parte de la historia *canónica* del Estado.

A finales de los 80, se inicia una nueva etapa en la historia de Israel: en

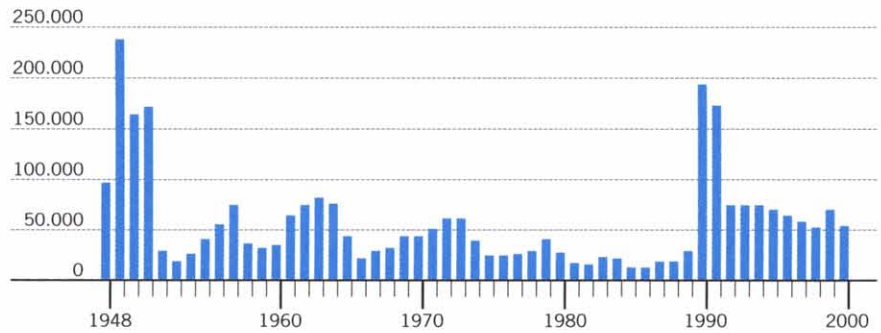
LA EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN



ISRAELÍES NACIDOS EN EL EXTRANJERO (2000)

PAÍS	INMIGRACIÓN
Ex URSS	907.200
Marruecos	167.400
Rumania	124.800
Polonia	83.300
Iraq	76.800
EE UU	69.500
Etiopía	56.300
Irán	51.600
Argelia y Túnez	42.300
Yemen	37.000
Otros	340.500

LA INMIGRACIÓN EN ISRAEL



1987, estalla la primera *Intifada*; a partir de 1989, comienza la inmigración de los judíos rusos; y, en 1991, en la Conferencia de Madrid, se inician las negociaciones que desembocarán en los Procesos de Oslo. Durante la *Intifada*, el cierre periódico de los territorios impide a los trabajadores palestinos acceder a sus trabajos en Israel y la mano de obra que los reemplaza, básicamente inmigrantes asiáticos y latinoamericanos, es hoy un importante sector laboral; no tiene derecho al voto, aunque las últimas encuestas indican que, de poder hacerlo, la mayoría se inclinaría a favor de la política represiva del Gobierno de Sharon.

Pero es el más de un millón de rusos, inmigrados a lo largo de una década, lo que altera el equilibrio demográfico. Su inmigración está relacionada con el proceso de paz, ya que la ayuda para financiar su integración le fue concedida a Israel por EE UU, una vez que aceptó participar en la Conferencia de Madrid. Gozan de ciudadanía israelí –según la cláusula de la *Ley de Retorno* que considera judío al cónyuge y nieto de judíos–, aunque, según la definición halájica, buen numero de ellos –posiblemente más de un 30%– no son judíos, lo que plantea tensiones con los religiosos. Crecidos bajo la dictadura soviética, con una alta cualificación técnica y profesional y un bagaje cultural laico, los rusos forman hoy un enclave social de gran peso. La lengua cirílica es tan común como la hebrea y la árabe, hay varios periódicos rusos, tres canales de televisión y dos partidos políticos con representación parlamentaria, con un fuerte sesgo nacionalista, que consideran, contra todos los datos y una buena parte de la opinión israelí, que la militar es la única solución al conflicto con los palestinos.

El millón largo de judíos rusos llegados en la última década ha alterado el equilibrio. En general, apoyan a Sharon

Israel se gobierna por un sistema parlamentario de representación proporcional. La ley prohíbe partidos racistas o que nieguen la judeidad del Estado. Esto no ha impedido la existencia de partidos árabes, dos con representantes en la *Knesset*, o de no sionistas. El sistema proporcional permite reflejar la complejidad de la sociedad, pero conlleva una excesiva fragmentación que dificulta la formación de gobiernos de mayoría. La Ley de elección directa del primer ministro (1992) quiso resolver esto con efectos peores que el mal a remediar. En marzo de 2001, se volvió al sistema anterior, pero, antes, en febrero de 2001, Sharon fue elegido por elección directa con un 62.5% de los votos. El Parlamento tiene 120 diputados. En el actual, elegido el 17.5.99, hay 19 partidos: étnicos de diferentes tendencias (31,8%); religiosos, que pueden ser o no étnicos (22,5%), y decididamente laicos (13,3%).

Abanico de partidos

Estas divisiones se solapan con otras, no siempre coincidentes, en los planteamientos de la política general, el conflicto con los palestinos o el proceso de paz. Así, puede encontrarse desde un partido étnico, religioso, no sionista ni ultranacionalista, con una amplia base de votantes, religiosos y laicos, como es el caso del Shas, y un partido formalmente laico, étnico y de un nacionalismo radical, como el ruso Yisrael Beitenu; o uno religioso ortodoxo y ultranacionalista como el Mafdal (PNR), partidario del Gran Israel, defensor de los asentamientos, que, con lenguaje de nefasta memoria, mezcla la Biblia con la defensa de la tierra y la sangre. Las declaraciones de Effi Eitam –su líder, recientemente incorporado al Gobierno por la defección del ruso Yisrael Beitenu, que juzga demasiado blando a Sharon –a favor de la *transferencia* (expulsión) de los palestinos y de un Israel con frontera en el Jordán, no precisan comentario.

La mayor parte de la sociedad israelí vive en las zonas que se encuentran más acá de la Línea Verde (frontera de 1967). El verdadero núcleo del problema son los colonos que viven en los más de 150 asentamientos en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania. Su número actual asciende a 214.000, con una cifra algo menor en la zona de Jerusalén Este, donde no ha cesado de crecer. La colonización, denunciada por

Un **judío ultraortodoxo** pasa bajo un cartel que equipara a los palestinos con la violencia.

Caricatura aparecida en el diario británico *The Guardian* el 17 de abril.

un sector significativo de la población, no se ha detenido, ni siquiera durante las negociaciones de paz con los palestinos (en 1993 se estimaba en 130.000).

Las razones de los colonos son diversas: la mejor calidad de vida, gracias a las ayudas del Gobierno, es la que domina en un 55%, que suelen vivir en las zonas más próximas a la Línea Verde. El resto, de motivación más ideológica, está formado por una minoría del 5% de viejos laboristas sionistas. Pero los que constituyen el verdadero problema son los que forman el 40% de radicales nacionalistas, religiosos con familias muy numerosas, defensores del *Gran Israel*, que se encuentran en todas las zonas de asentamiento, ocupando también los lugares más avanzados, y aislados, y que se niegan a abandonar un solo palmo de *tierra sagrada*.

Una de las paradojas de la sociedad israelí es que buena parte de los soldados y reservistas que han de defender a estos colonos están en contra de los asentamientos, mientras que muchos de estos colonos ni pagan impuestos ni sirven en el ejército, salvo una minoría que sí lo hace, generalmente en unidades de élite. El movimiento de rechazo a luchar en los territorios ocupados, que se ha producido en esta *Intifada*, con la carta de los oficiales del 2 de febrero (hoy, más de 300) y reservistas, tenía precedentes en los años 70 cuando, a título individual, algunos soldados se negaron a combatir en los territorios ocupados. En 1982 se creó la asociación *Yesh Gvul* (*Hay Límites*) contra la guerra del Líbano, que sigue en activo.

Ciudadanos de segunda

La situación de los árabes israelíes está, más que ninguna otra, entrelazada con el conflicto con los palestinos, cuyas repercusiones internas en la población árabe-israelí tienen muchas ramificaciones, desde las identitarias que supuso el reencuentro con los palestinos en 1967, después de veinte años de separación, hasta las que se derivan de su exención del servicio militar –excepto en el caso de los drusos o los voluntarios beduinos–. Esto les convierte en ciudadanos de segunda clase, dado que el acceso a muchos trabajos y beneficios requiere haber servicio en el ejército.

Por otra parte, el reciente conflicto ha hecho crecer la desconfianza hacia ellos, a la par que su *israelización* experimenta una caída clara, más después de que, en octubre de 2000, su levantamiento contra la ocupación fuera reprimido por el ejército israelí, con un saldo de 12 palestino-israelíes muertos.

De la esperanza a la tragedia

El Proceso de Oslo despertó grandes esperanzas. Aunque los atentados de Hamás continuaran, la economía israelí y la palestina mejoraron y Tel Aviv estableció relaciones con algunos países árabes. Sin embargo, los artífices de Oslo, calificados por sus contrarios como traidores a Israel, han sufrido una campaña de acoso en que se han sobrepasado los límites tolerables, hasta el punto de que cierta prensa elogió el tiranicidio o algunos seguidores de Netanyahu enarbolaron pancartas de Rabin vestido con uniforme de las SS.

El 4 de noviembre de 1995, se celebró una concentración por la paz en Tel Aviv. Rabin entonó el Canto de la Paz. Instantes después, cayó asesinado a manos de Ygal Amir, un joven extremista religioso que rompía el tabú que impide que un judío mate a otro judío. En los siete años transcurridos desde este asesinato, que marca un punto de inflexión en la historia de Israel, todavía parecía posible la paz, aún en medio de la conmoción. Se celebraron las elecciones palestinas en enero de 1996, Peres lanzó la desafortunada operación de las *Uvas de la Ira* contra el Líbano y perdió las elecciones frente a Netanyahu, quien, por su parte, dio una de cal y otra de arena. Provocó una ola de disturbios con la apertura del Túnel de los Asmoneos en Jerusalén, pero, también, llegó a un acuerdo sobre Hebrón y, luego, en Wye Plantation (EE UU), que los radicales nacionalistas consideraron una traición. Se abrió el aeropuerto de Gaza y la economía siguió funcionando. Vinieron luego la presidencia de Barak y las esperanzas de un acuerdo final, el debatido fracaso de Camp David, el estallido de la Intifada de Al Aqsa, las negociaciones de Taba. Y la violencia que hizo estallar todo en pedazos, dando paso a los tanques, las piedras, y las bombas suicidas, la reocupación de los territorios, con toda la maquinaria militar en ristre, olvidando que, como se dice en el *Canto de la Paz*: "Nadie nos va a traer a los que están enterrados. El alboroto de la victoria y los cantos de alegría serán vanos". ■

Militantes de Hamás enmascarados hacen una parodia amenazadora de los suicidas con falsos explosivos, en una manifestación en Gaza, el pasado mes de marzo.

Los palestinos, empujados a la DESESPERACIÓN

Ochenta años de tragedia: **BERNABÉ LÓPEZ** los muestra vendidos por el colonialismo británico, repartidos por la ONU, expulsados por Israel, manejados por los árabes y hoy acusados de terroristas por muchos

El drama palestino tiene 80 años de historia, en la que diferentes actores han compartido responsabilidades de muy diversa envergadura. La vieja potencia mandataria, Gran Bretaña, en primer lugar, engendró el problema y permitió que la desbordara para abandonarlo cuando la superó. La comunidad internacional, a través de la ONU, en segundo lugar, optó por la solución simple, la partición, vencida por la piedad que suscitaba el Holocausto. Los vecinos árabes, movidos más por sus opiniones públicas internas que por una comprensión del juego internacional, prefirieron el gesto belicoso a cualquier otra forma de presión, suplantando en su respuesta a los propios palestinos, los únicos perdedores de la mitad del territorio, en la partición de 1947. La organización sionista primero y más tarde el Estado judío, se habían empeñado, a partir de 1919, en instaurar en la zona el gran Israel, actuando como si Palestina fuera "una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra". Las grandes potencias se sirvieron del conflicto para su *guerra fría*, instrumentalizándolo para convertir a la zona en uno de los principales polvorines del planeta. Los palestinos tienen, también, su parte de responsabilidad, pues no siempre escogieron –cuando les dejaron, pues su historia es la de una desposesión permanente de protagonismo– los métodos adecuados para hacer valer la legitimidad de su causa. Y, en los últimos tiempos, dejando claro el sabotaje a la paz que Sharon viene planteando, la pelota vuelve al campo de la comunidad internacional, de quienes la manejan y dirigen, especialmente del presidente Bush, cómplice de una situación que sin duda pesará negativamente en el encono entre civilizaciones y la desconfianza entre culturas.

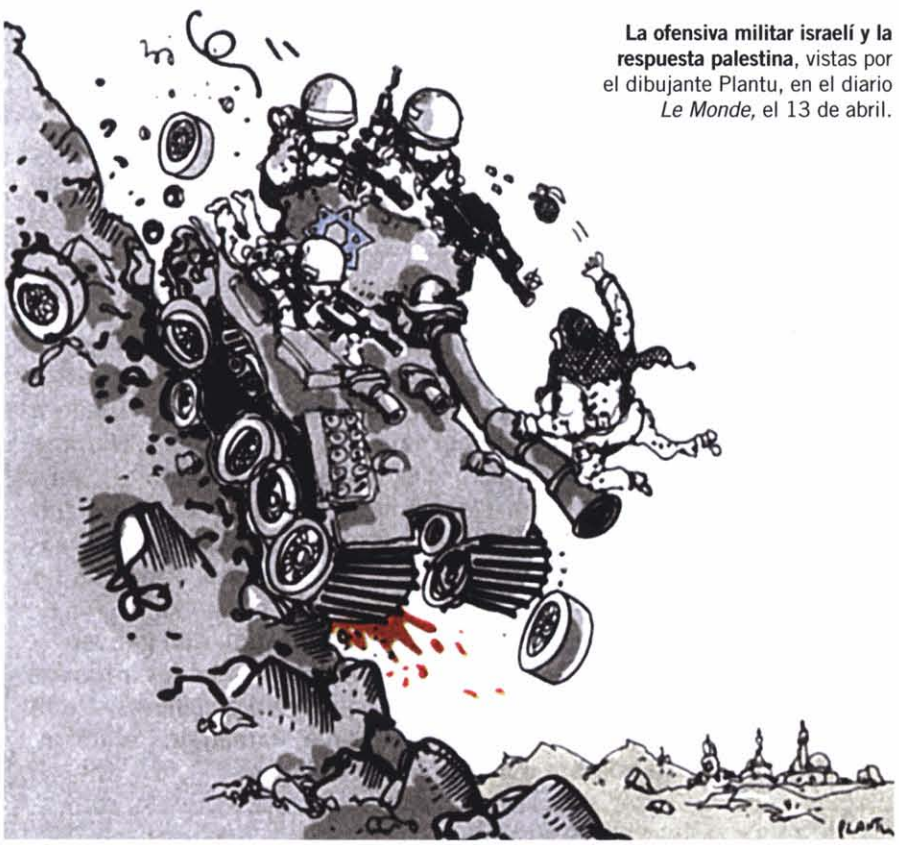
La arbitrariedad de Londres

A principios del siglo XX, en los distritos otomanos (sanyaks) de Acre, Naplús y Jerusalén, que componían Palestina desde la ocupación turca a principios del siglo XVI, vivían unos 700.000 árabes (ocho musulmanes y dos cristianos de cada diez). La población judía apenas sobrepasaba las 50.000 personas (7 u 8 por ciento de los habitantes) y, en buena parte, eran inmigrantes recién llegados, huyendo de las persecuciones en Rusia y al calor de los llamamientos del movimiento sionista o de otras organizaciones anteriores.

El problema se engendra cuando Gran Bretaña, con el único título de ocupante militar de la zona en pleno conflicto mundial y en vísperas de la toma de Jerusalén, comunica el 2 de noviembre de 1917 por medio de su ministro de Asuntos Exteriores, Lord Balfour, que "verá favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío". ¿Por qué cometió tal arbitrariedad? Para pagar favores a la comunidad judía internacional, para obtener otros nuevos y para proteger sus intereses en el Próximo Oriente, en medio de la efervescencia del mundo árabe.

La Declaración Balfour se oficializa incorporándola a la legislación palestina sometida a control y mandato británico por la Sociedad de Naciones en 1922. En la Constitución palestina, otorgada por el alto comisario, el judío Herbert Samuels, se prevé la creación de un comité encargado de la regulación de la inmigración judía. Inmigración que empieza a cambiar los datos del problema: los judíos pasaron de ser el 11 % de la población de Palestina en 1922 al 17 % en 1931 y al 30 % en 1942. Los problemas de convivencia, creados por el incremento de la presencia judía alcanzaron el clima de guerra civil, a la que se trató de poner coto con la partición dispuesta por la ONU.

Pero la idea de partición fue rechazada por el nacionalismo palestino dirigido por el muftí de Jerusalén, Hach Amin el Husseini, y por los países árabes. El sionismo, aunque pretendía un reparto más beneficioso para sus intereses, aceptó momentáneamente la partición, aunque disponiéndose a sacar ventajas en cuanto se diera la oportunidad. La división, aprobada por la Asamblea General el 29 de noviembre de 1947 por 33 votos a favor frente a 13 en contra y 10 abstenciones, creaba dos Estados, uno árabe con el 44 % del territorio, poblado por 758.530 árabes y 9.520 judíos, y otro judío, en el que vivían 598.000 judíos y 512.000 árabes, al que se atribuyó el 54 % del territorio. Para mayor complicación, la propiedad de la mayo-



La ofensiva militar israelí y la respuesta palestina, vistas por el dibujante Plantu, en el diario *Le Monde*, el 13 de abril.

Bernabé López García es profesor titular de Historia Contemporánea del Islam, Universidad Autónoma de Madrid.

Combatientes palestinos en Jerusalén en 1948. Una anciana, con la insignia de sargento de la Guardia Civil Árabe en la manga, combate con los hombres.

ría de las tierras era árabe, salvo en algunos distritos, en que los judíos poseían el 30 % de los terrenos.

Según las condiciones de la rResolución 181, una comisión de cinco miembros se encargaría en los meses precedentes a la partición de asentar Gobiernos provisionales con el encargo de reclutar un ejército, de celebrar elecciones para la constitución de Asambleas constituyentes, no más tarde de dos meses después de la salida del mandatario, y de aprobar sendas Constituciones que garantizasen el respeto a todas las comunidades y personas, la abstención del uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de otros y el establecimiento entre ambos Estados una Unión Económica y de tránsito que incluyera un desarrollo común.

Era una quimera. Se olvidaba el clima de violencia en Palestina y la oposición árabe a la partición. Los países árabes vecinos habían asumido la causa de los habitantes de ese territorio como propia desde la rebelión de 1936, en que se produjo la intervención de grupos de de voluntarios de los Estados vecinos en favor de las reivindicaciones palestinas. La mediación del Gobierno de Iraq y la visita de Nuri Said, su ministro de Asuntos Exteriores, a Palestina y la celebración en El Cairo (octubre de 1938) de una Conferencia Mundial de los países árabes e islámicos en defensa de Palestina, son muestras de esa actitud de solidaridad. El sionismo no había rechazado el principio de partición en su 20º Congreso de Zurich (agosto, 1937), pero el Alto Comité Arabe y otros grupos nacionalistas palestinos se habían opuesto rotundamente a la idea. Lo mismo hicieron los Estados vecinos, tres de los cuales, Transjordania, Siria y Líbano, acababan de acceder a la independencia.

Cuando el 14 de mayo de 1948, un día antes de lo previsto, se proclamó el Estado de Israel, los Estados vecinos intervinieron militarmente. Israel hizo evolucionar el conflicto de una guerra defensiva a otra de conquista, en la que consiguió quedarse con buena parte del territorio asignado a los palestinos. En los armisticios que cerraron la guerra, fueron esos Estados vecinos los que establecieron fronteras y cedieron territorios sin contar con los palestinos. Y cuando las Naciones Unidas admitieron (11 de mayo, 1949) como nuevo miembro a Israel, lo hicieron con el territorio de la partición más el arrebatado a los palestinos, es decir, con el el 78 % de Palestina. El otro 22 % sería incorporado a Jordania, que se anexionaba la Cisjordania, o tutelado por Egipto, administrador directo de la Franja de Gaza.

Refugio en Cisjordania y Gaza

La anexión hecha por Jordania se apoyaba en el interés mostrado por una parte de los notables palestinos en integrarse. La Liga Arabe era partidaria, en cambio, de otra facción palestina que pretendía su independencia; ésta fue, también, apadrinada por al Alto Comité Arabe y más tarde, en plena guerra, por Consejo Nacional Palestino presidido por el muftí de Jerusalén. Esta división dificultó la creación del Estado y los palestinos debieron asumir su propio destino. Pero lo más grave fue el desarraigo de unos 700.000 palestinos, arrojados de sus hogares por la guerra y la "limpieza étnica" practicada por Israel, que se refugiaron en Cisjordania, Gaza y los Estados vecinos.

Los regímenes árabes, tratando de explotar internamente su apoyo verbal a la causa palestina, le produjeron un daño irreparable. En 1958, Naser no se dignó atender la petición del muftí de Jerusalén de integrar Palestina en la República Árabe Unida (unión efímera de Egipto y

Aplastados, humillados y en la miseria

Los tanques se retiraron, dejando una estela de ruinas a su paso. Cuatro divisiones blindadas destruyeron a conciencia cuanto pudieron: aeropuerto, oficinas, comisarías, hospitales, escuelas, bibliotecas, juzgados, registros –incluyendo los de propiedad, estudios, matrimonios, nacimientos...–, industrias y más de un millar de casas. Dejaron arado el asfalto y un reguero de coches aplastados por pura vesania, esquilmando el humildísimo parque móvil de los Territorios Ocupados. Destruyeron y depredaron los comercios, robaron en las casas, humillaron a sus moradores, cuando no los asesinaron.

Según los últimos datos de la UE, el 65% de los palestinos vive por debajo del umbral de la pobreza (dos dólares diarios), con ingresos un 30% por ciento inferiores a los que tenían cuando se firmó el acuerdo de la Rosaleda de la Casa Blanca, en septiembre de 1993. El paro supera hoy el 50%.

Y el PIB de los territorios, que ya en 2001 había descendido un 15 % respecto al año anterior, en la actual situación se habrá reducido a la nada.

Siria); el nuevo gobernante de Iraq, el general Qassem, propuso crear una República Árabe de Palestina, ante la protesta jordana, que lo consideró un atentado contra su integridad... En medio de este clima de rivalidades –siempre resueltas al margen de los palestinos y en contra de sus intereses– la Liga Arabe decidió crear la Organización para la Liberación de Palestina (1964), que denunciaba la partición, la creación de Israel, relegaba la autodeterminación a la liberación de todo el territorio, prometía la no injerencia en los asuntos internos de los Estados árabes e, incluso, renunciaba en su artículo 24 a ejercer "soberanía alguna sobre la orilla occidental del Reino Hachemí de Jordania o sobre la banda de Gaza". La cuestión palestina se estaba cimentando sobre bases irreales, maximalistas e, incluso, contrarias a la creación de su Estado.

Así, cuando el presidente tunecino, Habib Burguiba, tras su visita a los campos de refugiados, en 1965, pidió el abandono de la política del *Todo o nada*, recomendando un compromiso y la apertura de negociaciones, el presidente de la OLP y representante palestino en la Liga, Ahmed Chukeiri, pidió la expulsión de Túnez de la Liga Árabe.

El gran muftí de Jerusalén quiso que Palestina se integrara en la República Árabe Unida en 1958. Nasser ni siquiera le contestó (retrato por Enrique Ortega).

Golán y Sinaí, conquistados

La lógica del maximalismo condujo a una guerra fatalmente prevista y que sumió a Egipto, Jordania y Siria en una espantosa derrota. La guerra de junio de 1967 fue, nuevamente, convertida por Israel en guerra de conquista: ocupó tanto los territorios palestinos como el Golán sirio y el Sinaí egipcio. La Resolución 242 (22 de noviembre, 1967), del Consejo de Seguridad de la ONU, consideraba inadmisible la conquista de territorios e instaba al ejército israelí a retirarse de lo ocupado, pidiendo al tiempo el reconocimiento de la integridad territorial y de la independencia de todos los Estados de la región y su derecho a vivir en paz en fronteras reconocidas. Instaba además a encontrar un justo arreglo a la cuestión de los refugiados, tanto de los viejos como de los nuevos, ya que las nuevas ocupaciones habían añadido 300.000 nuevos desplazados a los de 1948. En ciertas zonas, como el Valle del Jordán, el éxodo afectó hasta al 80% de la población.

Si Israel tenía una responsabilidad evidente a partir de los incumplimientos de las decisiones de la ONU, en 1949, en lo que a fronteras y refugiados se refiere, fue a partir de 1967 cuando se manifestó su nula voluntad de encontrar una solución. La apertura de negociaciones con Egipto, emprendida bajo los auspicios del presidente americano Carter, la visita del presidente Sadat a Jerusalén (19 de noviembre de 1977), la firma de los acuerdos de Camp David (septiembre de 1978) y el tratado de paz entre Egipto e Israel (26 de marzo de 1979), permiten pensar que se buscan vías para salir del embrollo, pese al rechazo árabe a la iniciativa egipcia, que le costará su expulsión de la Liga Arabe. Pero el rechazo continuo a cumplir las resoluciones de la ONU y la política de asentamientos judíos en Cisjordania y Gaza demuestran que Israel trata de que la situación sea irreversible.

Egipto negoció la retirada israelí de sus territorios, produciéndose en abril de 1982 la evacuación del Sinaí, con el desmantelamiento de las colonias judías allí establecidas. Pero Egipto negoció, al mismo tiempo, en nombre de los palestinos unos acuerdos marco que concederían una "autonomía administrativa plena" a los habitantes de Cisjordania y Gaza –aunque sin evacuación militar israelí– y el compromiso de no crear nuevas colonias. Palestinos y jordanos, ausentes de las negociaciones pero implicados en los acuerdos, se manifestaron, como la mayoría de los países árabes, en contra, entre otras cosas por no hacer referencia al derecho a la autodeterminación de los palestinos y no fijar con claridad el estatuto de Jerusalén.

La política de paz por separado la intentó ampliar Israel a Líbano, país en estado de extrema debilidad a causa de la guerra civil. Recién evacuado el Sinaí, trató de expulsar a la OLP del Sur libanés, en donde había establecido su cuartel general tras el Septiembre Negro jordano (1970). Si Tel Aviv ya estaba practicando una política de ocupación, por medio de un ejército de mercenarios libaneses –la llamada *zona de*

seguridad, una franja de unos 10 km, a lo largo de la frontera entre ambos países– en junio de 1982, el Ejército israelí dirigido por Ariel Sharon, ministro de Defensa, penetró hasta Beirut, logrando la expulsión de unos 15.000 guerrilleros palestinos y del mismo Yaser Arafat. Paradójicamente, Tel Aviv contó con la colaboración indirecta del Ejército sirio que, unos meses más tarde, procedió a una segunda expulsión de Arafat y de sus guerrilleros en la mitad norte de Líbano. La ocupación israelí perduró hasta junio de 1985, salvo en la franja fronteriza, donde se prolongó hasta 2000.

Yaser Arafat calificó los cinco años que siguieron al asedio de Beirut (1982-1987), como "los más difíciles de nuestra historia reciente". El establecimiento en Túnez del cuartel general de la OLP, alejándose del teatro de operaciones, coincide con un reflujo del movimiento. Se llegó, incluso, a esbozar una estrategia, que diluía el proyecto palestino de autodeterminación en una confederación jordano-palestina.

En noviembre de 1987, se celebró en Ammán una cumbre árabe para tratar la Guerra irano-iraquí, juzgada prioritaria por los árabes, quedando relegada la cuestión palestina. En este marco de marginación, el 9 de diciembre de 1987, surgió la Intifada, la insurrección de los jóvenes de los territorios ocupados. Este movimiento espontáneo convirtió a los palestinos del interior en "actores históricos, portadores de un proyecto autónomo de renacimiento nacional", en palabras de Bichara Khader.

Divorcio entre generaciones

La emergencia de los palestinos del interior supuso una llamada de atención a la propia OLP. Aunque ésta intentó recuperar el movimiento, se evidenció el divorcio entre las viejas generaciones de los refugiados de 1949 y 1967, en los que se apoya la organización de Yaser Arafat, y las gentes del interior.

Una Dirección Nacional unificada, integrada por representantes de al Fatah, de los comunistas del FPLP y del FDPLP y –en la Zona de Gaza– por el grupo Yihad islámica, coordinó este movimiento que movilizó a la juventud, promoviendo la desobediencia civil (boicot a los impuestos) y presionando para una solución definitiva del conflicto. Su éxito radicó no sólo en su espectacularidad –a costa de un millar de muertos– sino, también, en su duración, explicable por esa coordinación general.

La Intifada fue el telón de fondo que permitió un primer reconocimiento implícito del Estado de Israel por parte de la cúpula de la OLP. A Husein de Jordania le obligó a renunciar a los lazos jurídicos que unían Cisjordania con su Reino, dejando a los palestinos libres de tutelas impuestas. El Consejo Nacional Palestino, celebrado en Argel en noviembre de 1988, aceptó las Resoluciones 242 y 338, con el reconocimiento del derecho de todos los Estados de la región a vivir en fronteras seguras, incluido el Estado de Palestina, proclamado en el propio Consejo, el 15 de noviembre de 1988.

La convocatoria, tras la impresionan-

Imagen de los fallecidos en un supermercado judío de Jerusalén, donde una **mujer suicida** palestina se autoinmoló en abril, matando a seis personas.

te movilización internacional por la ocupación de un Kuwait, de la Conferencia de Madrid, el 30 de octubre de 1991, pudo interpretarse como un primer gesto imprescindible para compensar la pasividad mostrada ante la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza, que se encontraba en la raíz de todos los problemas de la región. La conferencia, fruto de ocho giras realizadas por el secretario de Estado norteamericano, James Baker, por Oriente Medio desde el fin de la guerra, admitía a los palestinos como parte de la delegación jordana.

Tras la Conferencia, un largo proceso de discusiones bilaterales de Israel con sus vecinos consiguió unos primeros tratados permanentes de paz con la OLP y con Jordania. El proceso de negociación palestino-israelí fue arduo y sus logros, evidentes al principio, muy cuestionados. Negociaciones secretas entre la OLP e Israel, llevadas a cabo en Oslo, concluyeron el 13 de septiembre de 1993 en Washington con la firma de la *Declaración de principios sobre los acuerdos interinos de autonomía*, que habrían de aplicarse, en un primer tiempo, en Gaza y Jericó, preveía la elección de un Consejo Palestino –con poderes para dirigir la autonomía palestina por un período transitorio de cinco años– así como un repliegue paulatino de fuerzas militares israelíes.

Unos meses más tarde, en El Cairo, se ratificaron acuerdos concretos de seguridad, con la creación de una policía palestina y la regulación estricta de los desplazamientos de los palestinos, uno de los puntos que sería más criticado.

Una segunda fase de las negociaciones entre palestinos e israelíes la constituyeron los Acuerdos de Taba (Oslo II), firmados también en Washington el 28 de septiembre de 1995 y en los que se regularon las modalidades del repliegue del Ejército israelí en Cisjordania, dividiendo el territorio en tres zonas.

Este segundo Acuerdo de Washington, preveía las elecciones del Consejo Palestino, que se celebraron el 20 de enero de 1996. Los opositores de Yaser Arafat –los islamistas Yihad Islámica y Hamás y la izquierda palestina– fracasaron en su intento de boicotear la consulta, en la que los candidatos del Fatah obtuvieron la victoria.

Balas contra la paz

Pronto se mostraron las profundas resistencias a aplicar este plan. La muerte de Yitzhak Rabin revelaba que había en Israel sectores dispuestos al asesinato para impedir la paz. Por otra parte, atentados de movimientos extremistas palestinos e israelíes pusieron a prueba el controvertido proceso de paz –unos 600 muertos entre 1993 y 1996, en un 65%, palestinos–.

En los últimos años, Israel ha tratado de responder, con el encumbramiento a la jefatura del Gobierno de intransigentes como Netanyahu y Sharon, a los intentos de proclamar un Estado palestino. Por su parte, la Autoridad Nacional Palestina ha sido juzgada muy críticamente por amplios sectores de su pueblo ante su posibilismo negociador; ese rechazo obligó a Arafat a desdeñar las ofertas israelíes de Camp David y Taba. De cualquier forma, ese Estado hubiera resultado pírrico por su falta de continuidad territorial, por la reticencia israelí a desmontar los asentamientos (centenar y medio con más de 400.000 colonos, en parte armados) y a llevar a cabo la retirada militar de los puntos clave.

La visita de Ariel Sharon a la Explanada de las Mezquitas, con gran protección militar, fue un gesto calculado para abortar el proceso de paz, cuando se llegaba al punto clave de discutir sobre el estatuto de Jerusalén y el retorno de los refugiados, dos problemas que, para Israel, cuestionan su destino. La Intifada de al-Aqsa fue hábilmente manipulada por Sharon, para traducirla en votos y alcanzar el poder.

Los acontecimientos del 11 de Septiembre han servido para precipitar la situación hacia la catástrofe, sintiéndose libre el Gobierno de coalición para travestir de lucha contra el terrorismo una operación de castigo contra todo un pueblo. La violencia terrorista de los desesperados suicidas y la impotencia de Arafat, han servido de pretexto para la política de destrucción de Sharon en la primavera de 2002. Hoy, el Gobierno israelí distrae la atención mundial –y, sobre todo, la de Estados Unidos– con las acusaciones contra Arafat, cubriendo el problema original: la restitución de los territorios y el retorno de los refugiados. Gran ceguera, porque eso perpetúa el problema de los palestinos y, también, el de Israel. ■

PARA SABER MÁS

Ben-Ami, Sh., *¿Cuál es el futuro de Israel?*, Barcelona, Ediciones B, 2002.
Gresh, A., *Israel, Palestina. Verdades sobre un conflicto*, Barcelona, Anagrama, 2002.
Jamal, S., *Palestina. Ocupación y resistencia*, Barcelona, Flor del Viento, 2002.
López Alonso, C., "¿Jano o cabeza de Medusa?", Historia y Política en Israel, *Historia y Política* nº 1, Madrid, 1999.
Solar, D., *El laberinto de Palestina*, Madrid, Espasa Calpe, 1997.
www.palestine-un.org/plo/frindex.html
www.israel-un.org/
www.Peace-now.org
www.un.org/unrwa/